

SS

SERVICIO SECRETO

LA MUERTE ES UN BUEN NEGOCIO

burton hare



B&B



BURTON HARE

LA MUERTE ES BUEN NEGOCIO



SERVICIO SECRETO n.º 793
Publicación semanal
Aparece los **MIERCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA
MEXICO
RIO DE JANEIRO



Depósito Legal B 25592 - 1965

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: noviembre 1965

© BURTON HARE - 1965
sobre el texto literario

© DESILO - 1965
sobre la cubierta

© COSTA - 1955
sobre la ilustración interior

Ccedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 5.899/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección PUNTO ROJO:

177 — A solas con la muerte.

En Colección SERVICIO SECRETO:

791 — La muerte jugó conmigo.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

81 — Recompensa de sangre.

CAPÍTULO PRIMERO

Pedro, el tabernero con cara de foca, llenó el vaso una vez más, esperó a que depositara el importe sobre el mostrador húmedo y manchado y solo entonces gruñó, con su voz perezosa:

—Ya has bebido suficiente por hoy, Johnny; deberías largarte a casa y dormir.

Tomé el vaso y traté de beber sin derramar una gota. Fracasé. Lo había llenado demasiado y aquella especie de vitriolo sin color se escurrió entre mis dedos.

—¿Has tratado de dormir dentro de un horno encendido, viejo?

Se dio vuelta para depositar la botella en el estante, a un lado del gran espejo salpicado de puntitos negros, manchas y moscas que iban en busca de un espacio libre donde dejar otros puntitos como testimonio de su paso.

La espalda del tabernero era ancha y combada. Su camisa húmeda de sudor mostraba tres o cuatro tonos distintos en cuanto a color. Cuando se volvió dijo:

—Ya has bebido bastante.

—Yo sé cuándo tengo bastante. Hace un calor de infierno y mi choza lo recibe todo sobre ella. No hay quien aguante allí. Apenas si puede soportarse de noche. Asqueroso pueblo...

—Tijuana no es ningún pueblo, Johnny —protestó Pedro, aunque sin poner mucho entusiasmo patriótico en su protesta.

—Bueno, pero hace un calor apestoso.

—Si.

Conseguí tragar un sorbo de aquel veneno al que Pedro llamaba tequila. Durante unos segundos, las llamas del infierno ardieron entre mi pecho y la espalda. Después, el fuego se apagó y todo volvió a su lugar.

Pedro dijo:

—Deberías dejar de beber. Si continuas así, nadie te dará trabajo.

—¿Trabajo? Al diablo con eso. Solo ofrecen centavos.

Otro sorbo dejó el vaso por la mitad. El ardiente cataclismo de costumbre me sacudió otra vez y noté cómo mis dedos se engarfiaban en el borde curvado de la barra. El tabernero hizo una mueca.

—El día menos pensado reventarás, Johnny. He oído decir que les ganaste casi cien pesos a unos turistas. ¿Es cierto?

—Seguro... Necesitaban un intérprete.

—Y les desplumaste —exclamó—. No me gustaría estar en tu pellejo el día que descubran tus trucos...

—Cierra la boca.

Su bigote de puntas caídas casi se erizó.

—La verdad es que no entiendo qué demonio estás haciendo aquí, Johnny. En tu país...

Afortunadamente, entraron dos parroquianos y el gordo calló, para atenderlos. Bebí otro sorbo para celebrar el silencio. Al otro lado de la barra otro tipo me imitó, hizo una mueca, estremeciéndose, y me devolvió la mirada. Era un fulano de rostro tostado, con barba de tres o cuatro días y cabello revuelto. Tenía unos ojos grises empequeñecidos por el alcohol y me miraba tan fijo que daba la sensación de estar preguntándose quién demonios era yo.

Pedro acabó de servir a los dos recién llegados y volvió a acercarse. El tipo del otro lado y yo miramos al tabernero, yo a la cara y el otro a la nuca.

—Mira, Johnny —masculló Pedro—. Sé que necesitan un chofer para un camión y...

—Olvídalo —le atajé—. No quiero conducir un camión bajo ese maldito sol de fuego.

El tipo parecido a una ruina del otro lado habló al unísono, o por lo menos movió los labios. Su voz no se oyó, solo la mía. Quizá el hecho de estar detrás del espejo impidiera oírlo...

—Muy bien —decidió el tabernero—. Por mí puedes reventar cuando te dé la gana. Eres un caso perdido.

—Eso no es ningún descubrimiento...

El fulano del espejo habló otra vez. Entonces caí en la cuenta de que aquella especie de vagabundo que estaba tan interesado en contemplarme, era yo mismo. Me dediqué una mueca y vacié el resto de tequila, o lo que fuera, que Pedro me había endosado.

El interior de la taberna estaba fresco debido al aire corriente y a las gruesas paredes. Había una gran ventana abierta, por la que se distinguían las instalaciones de la Aduana bañadas por el sol.

Al otro lado estaba California, y Los Ángeles, y...

Al diablo con eso. También estaba allí Lil, y el tribunal de honor que borró mi nombre del censo de abogados, expulsándome de la profesión.

Pero, sobre todo, estaba Lil. Por ella no podía volver.

Porque si volvía a verla frente a mí alguna vez, tendría que matarla.

Un coche cruzó la Aduana. Los agentes cumplieron rutinariamente con su cometido y corrieron a resguardarse del sol.

Una furgoneta se detuvo. Llevaba un féretro y la seguía un «Cadillac» viejo y polvoriento. El ocupante del «Caddy» presentó los documentos y los trámites le retuvieron más de diez minutos. Después, la furgoneta con su fúnebre carga se puso en marcha, seguida del otro coche, y los aduaneros desaparecieron huyendo del fuego vivo que caía

del firmamento.

Me volví de espaldas a la ventana. La vista del sol me producía sudores.

—¡Pedro!

El cantinero se acercó con su andar cansino.

—Llévalo otra vez —ordené.

Abrió la boca, dispuesto a reanudar sus machacones consejos, su bigote parecido al de una foca se agitó, pero acabó encogiéndose de hombros y haciendo lo que le ordenaba.

—Cualquier día de estos cambiará la racha —dije—. Entonces iré a beber a un lugar en donde en vez de vitriolo vendan tequila embotellado. Y no tendré que oír tu voz de sapo.

—Bueno.

Atendió a otro parroquiano que acababa de entrar. Era un tipo vestido con pantalón de hilo blanco y camisa abierta, también blanca. Tenía una cara afilada y morena, de ojos negros y espesas cejas.

Por el espejo noté su mueca cuando probó la bebida. Después de eso, miró a su alrededor, tomó el vaso y vino a instalarse a mí lado, sobre uno de los vacilantes taburetes.

—Usted es americano, ¿eh? —inquirió.

—¿Y usted no?

—Yo soy del país, mejicano. Me llamo Zabala.

—¿Y qué?

—Vacíe su vaso. Le invito a un trago. Detesto beber solo.

—Ahora ha dicho algo inteligente.

Tragué lo que quedaba, noté el golpe y por poco no caí de espaldas. Pero unos segundos después el temporal amainó y me encontré mejor que nunca. Hice una seña a Pedro.

Zabala dijo:

—A juzgar por su aspecto, está en... bueno... digamos en un bache, ¿eh?

Me encogí de hombros y observé a Pedro mientras volvía a llenarme el vaso.

—Puede usted decir en el fondo de un pozo y no se equivocará. Son cosas que pasan —terminé, fastidiado.

—¿Dificultades en su país?

—Bueno, si para pagar un trago quiere mi biografía, será mejor que se largue de aquí.

—Disculpe, solo trataba de entablar conversación.

Bebió. Yo hice lo mismo. El individuo guardó silencio unos instantes, pero después volvió a darle a la lengua.

—Quizá yo pudiera hacer algo por usted, compañero.

—¿Si?

—Tengo relaciones, ¿comprende? Montones de conocidos.

Cualquiera de ellos... ¿comprende?

—No.

—No es tan difícil —rezongó—. O tal vez ha bebido usted demasiado ya y su cerebro está embotado.

—Si tiene algo que decirme, suéltelo ya y déjese de rodeos. Un trago no le da derecho a tanto.

—Perfecto, mi amigo. Tengo una oferta para usted, puede valerle quinientos pesos, un traje nuevo y el resto de ropa para cambiar su apariencia. Ahorita mismo parece un pordiosero no más.

—¿Quinientos pavos americanos?

—Pesos de mi país.

—No me interesa. Gracias por el trago, Zabala.

—No sea tonto. Es un trabajo fácil.

—Seguro. Tan fácil que no se atreve a hacerlo usted. Váyase al diablo.

—Solo puede hacerlo un yanqui —me espetó, despectivo—. Esa es la razón de que le ofrezca tanto dinero.

—¿A eso le llama dinero?

Gruñó Zabala por lo bajo. Sus ojos negros y astutos parecieron despedir chispas durante un segundo. Después su expresión se suavizó y dijo:

—Muy bien, quinientos dólares de su país.

—¿A cambio de qué?

—¿Acepta o no?

—Quiero saber qué se espera de mí. Nadie regala quinientos machacantes en estos tiempos.

—Solo puedo informarle cuando esté seguro de que acepta el trato. Pero le repito que es un trabajo sencillo... fácil.

—Pague las bebidas —le solté repentinamente.

—¿Cómo?

—Pague.

Sacó unas monedas y las arrojó sobre la sucia barra. Pedro se apresuró a recogerlas y ni siquiera se molestó en devolverle el cambio.

—¿Y ahora qué? —indagó el tipo.

—Ahora, largo de aquí —ordené—. ¡Vamos, fuera!

Saltó del taburete como si acabase de ver un alacrán sobre el mostrador.

—¿Se ha vuelto loco? —graznó furioso—. ¡Acabo de hacerle una oferta!

—Ya sé; quinientos dólares de mi país por algo que solo puede hacer un yanqui. Conozco todos los trucos utilizados para burlar la Aduana y no quiero meterme en esto. ¡Desaparezca, Zabala, o como se llame!

—Es usted un estúpido, compadre. No se trata de contrabando.

Además, le garantizo que...

Bajé del taburete agresivamente. Mis piernas tardaron cierto tiempo en afianzarse sobre el suelo. El tipo retrocedió un paso, echó mano al bolsillo y, cuando yo esperaba ver aparecer un cuchillo, sacó una tarjeta que depositó sobre la barra.

—Si cambia de opinión venga a verme... Quizá pueda mejorarse la oferta. Pero no tarde, mi amigo, porque yo seguiré buscando otro yanqui.

Giró sobre los tacones y se largó. Había desaparecido antes de que mis piernas estuvieran totalmente firmes.

Entonces eché un vistazo a la tarjeta. El fulano se llamaba José Zabala. Había una dirección que no me molesté en leer, de manera que guardé aquel pedazo de cartulina pensando que, si las cosas llegan a extremos desesperados, uno puede agarrarse hasta a un hierro al rojo.

Para celebrar tan brillante idea, pedí otro trago y lo engullí casi sin respirar.

Esa fue la gota que desbordó el vaso. La luz del sol se apagó y un terremoto estalló en alguna parte. Después, los grasientos brazos de Pedro se hicieron cargo de mí y ya no me preocupé de nada más.

CAPÍTULO II

Sin duda, la suerte no estaba de mi parte aquella noche. Me quedaban nueve pesos de mi botín de la noche anterior cuando pensé en retirarme antes de quedar limpio. No obstante, algo me decía que aquellos serían los pesos que harían dar la vuelta a la partida.

Eché un vistazo a mis compañeros de juego. «Bola de Grasa» rezumaba sudor por todos sus poros. Era quien más iba ganando, y creo que el entusiasmo por su buena racha le hacía sudar más todavía. El acre olor de su transpiración me daba náuseas.

Los otros tres *puntos* no se diferenciaban mucho de él, excepto quizá que no eran tan voluminosos. Me dije que si no me espabilaba acabaría tan limpio como un recién nacido.

De manera que me espabilé. Quince minutos más tarde había casi trescientos pesos en mi montón. Y entonces «Bola de Grasa», por alguna maldita intuición, advirtió el truco.

—Ese perro yanqui está haciendo trampas —graznó con su voz aguda, aunque ni siquiera hizo un movimiento.

Cayó un silencio tan denso como el plomo. Los demás se quedaron mirándome con ojos chispeantes.

—Estás borracho —le espeté al gordo—. La grasa no te deja ver más allá de tus narices...

—Has hecho trampas. Ese nueve lo has sacado de abajo. Lo he visto muy bien.

—¡Maldita sea! ¿Es que no estabas desplumándome tú a mí con tus mañas?

Comencé a recoger mi botín. Entonces, una mano como una garra cayó sobre mi mano, inmovilizándome. Al mismo tiempo, los demás se levantaron. Aquello estaba poniéndose feo.

Fue peor que eso. Porque cuando traté de levantarme, un puño se abatió sobre mi nuca arrojándome de bruces sobre la mesa. El dinero salió disparado en todas direcciones cuando la mesa y yo caímos rodando.

Bueno, son cosas que pasan de vez en cuando. Solté un rugido de ira y me levanté de un brinco. Pero olvidé que llevaba demasiado tequila en el cuerpo y mis piernas no fueron tan rápidas como mi deseo. Otro de ellos consiguió cazarme con un mazazo de arriba abajo que me lanzó a los pies de «Bola de Grasa», el cual ni siquiera se había movido de su silla. Solo entonces pareció despertar y sus sucios pies cayeron sobre mí, pateándome con entusiasmo.

Giré sobre mí mismo, logrando agarrar una de sus piernas. Se la

retorcí de golpe y el pateo cesó. El fulano emitió un chillido de rata y trató de zafarse. Seguí retorciéndole el tobillo con la sana intención de hacérselo astillas, de manera que para evitarlo no le quedó más remedio que girar pesadamente y dejarse caer a un lado de la silla. El suelo tembló al recibir el impacto de su corpachón.

Siguió chillando. Supo que iba a romperle el pie y la idea le volvió loco.

Tuvo la suerte de recibir ayuda de sus compinches. Los tres me cayeron encima como bisontes enfurecidos y una lluvia de golpes me abatió. Solté el pie del gordo, intentando cubrirme del ataque, aunque no lo conseguí a pesar de mis esfuerzos. Los golpes caían sobre mí como disparos de mortero, demoledores, así que dejé de dar vueltas intentando devolver parte de aquella andanada.

Creo que conseguí aplastarle las narices a alguno, pero a los pocos minutos se puso de manifiesto mi baja forma y caí inerte, jadeando como un fuelle, gimiendo a cada batacazo, mientras continuaban pateándome impunemente.

El dolor me atravesaba de parte a parte como si en lugar de puños y pies utilizaran sus cuchillos. Afortunadamente, mi resistencia hizo aguas y me hundí en un mar de dolor y negrura que tuvo la virtud de librarme de semejante tortura.

Al volver a flote, mucho tiempo después, me encontré solo en la desvencijada habitación donde se había desarrollado la partida. Navegué a la deriva durante unos minutos, hasta que conseguí sentarme en el sucio suelo y mirar a mí alrededor.

Habían limpiado el suelo de todo el dinero esparcido. No habían dejado ni un centavo a mí alcance.

Solo la mesa y la silla del gordo continuaban tiradas.

Bueno, estaba sin blanca, y, lo que era peor, no veía manera de obtener dinero como no fuera atracando a alguien. Eso, en un lugar como Tijuana, resulta muy expuesto porque cualquier hijo de vecino lleva un «hierro» en el bolsillo, o un pistolón sujeto al cinto.

Abandoné aquella covacha y anduve por las solitarias y oscuras calles dando bandazos. Me encontraba peor que nunca y necesitaba un trago con urgencia si quería salir de semejante marasmo, de manera que tomé el camino de la taberna de Pedro, el único lugar donde podría beber a crédito.

Hube de soportar toda una retahíla de insultos y reconvenciones del indignado tabernero, pero acabó obsequiándome con un trago de su infame matarratas.

—Es el único trago que te sirvo, Johnny —me advirtió—. Si quieres reventar, hazlo en otra parte. Ya estoy harto de hacer de niñera contigo.

—Al diablo, gordo. Voy a tener dinero en grande en unos días y entonces cambiarás de disco.

—¿Tú?

Se rio, dejándose solo.

Recordé la tarjeta que llevaba en el bolsillo y la saqué.

José Zabala...

¿Por qué no? Después de todo, yo no estaba en condiciones de mostrarme escrupuloso con la manera cómo obtuviera un puñado de dólares. Decidí que a la mañana siguiente iría a ver al fulano aquel para aceptar su trato.

Engullí el vaso de alcohol, o lo que fuera aquella pócima, y cuando hubo pasado el primer impacto experimenté un gran alivio en todos los huesos de mi cuerpo machacado.

Solo entonces me decidí a regresar a mí cuchitril. Unas horas de descanso acabarían de dejarme más o menos en forma.

Tenía un cuarto alquilado en la trasera de un patio, un lugar que en otros tiempos debió haber sido una pocilga a juzgar por la manera que olía. Pero mi situación financiera no era como para andarse con remilgos, así que recorrí la distancia hasta mi refugio elaborando planes de venganza contra «Bola de Grasa» y sus compinches. Solo con imaginar lo que les haría cuando tuviera oportunidad, mi rencor bajó de grado, hasta tal punto que al dar vuelta a la esquina trasera del patio me sentía casi eufórico.

Entonces descubrí al chico, apoyado contra la pared de adobe. Tendría unos quince años, vestía una camisa blanca desabrochada de arriba abajo, y sus pantalones eran grises con una tirilla negra en la costura.

Se enderezó cuando me vio llegar. No se quitó el cigarrillo de la boca mientras me examinó con ojo crítico.

—¿Vive usted aquí? —indagó, señalando la desvencijada puerta.

—Ajá. ¿Quieres alquilarme parte de mi palacio?

Escupió la colilla, hizo una mueca y gruñó:

—Eso debe ser algún chiste. Busco a un tipo llamado Johnny Kidd, un yanqui. Debe ser usted.

—Seguro.

Adelantó un paso y sus ojillos astutos recorrieron mi cara con creciente interés.

—Alguien le ha dado lo suyo, ¿eh, amigo? Le han puesto bueno...

Estuve tentado de sacudirle solo para cerrarle la boca, pero era demasiado chico.

—Todavía tenemos tiempo de dejar tu cara peor que la mía —dije de mal talante—. ¿O has venido por algo concreto?

—Trabajo en el Hotel La Hacienda, de botones. Alguien desea verle; una señora.

—¡No me digas! Una señora; y en el Hotel La Hacienda, ni más ni menos. No comprendo dónde está la broma en eso.

—Ella se hospeda en el hotel desde hace un par de días. Me ha mandado a buscarlo, así que puede venir conmigo o no. Yo ya he cumplido.

—¿Quién es esa clienta?

—Su nombre es señora Perry.

—No conozco a nadie de ese nombre, y menos a alguien capaz de alojarse en el hotel más lujoso de este appestoso pueblo. ¿Tienes un cigarrillo?

—Bueno, esto ya es...

Sacó el paquete y encendimos los dos. El añadió:

—Ha estado haciendo averiguaciones hasta saber dónde vivía usted. Debe tener mucho interés por verle.

—No me importa si tiene interés o no, chico. Dile que quiero dormir, ¿entiendes? He tenido un día muy duro... La veré mañana, o tal vez pasado mañana.

Se encogió de hombros y repitió entre dientes:

—Yo ya he cumplido, así que...

Inició la retirada. Empujé la puerta de mi cuchitril y dije por encima del hombro:

—¡Puedes decirle también que tendré mucho gusto en recibirla aquí cualquier día de estos!

Se detuvo y me miró en la obscuridad.

—Comprendo —rezongó—; pero está loco si cree que una señora como ella pondrá los pies en un estercolero como ese...

Se fue definitivamente.

Bueno, debería hacer algo para cambiar de posición. Cuando hasta un botones se atrevía a decirme todo aquello era indudable que yo había llegado al último escalón en mi descenso. Quizá el amigo Zabala pudiera hacer algo para remediarlo...

Quedé dormido pensando en eso.

Lo sorprendente fue que, al despertar, empapado de sudor, el primer pensamiento que acudió a mí mente fue el de la señora Perry y su mensajero. ¿Quién demonios era ella, y por qué deseaba verme con tanto interés?

Tumbado en la cama de hierro, pasé revista a mis recuerdos con la esperanza de localizar a alguien llamado Perry, quizá alguna persona que se hubiera relacionado conmigo profesionalmente...

Fracasé en toda la línea. No cabía duda que era la primera vez que oía semejante nombre.

Bueno, al diablo con ella. Quizá fuese a verla o quizá no. Lo inmediato era buscar a Zabala y embolsarme los quinientos dólares, además del traje nuevo y las demás prendas ofrecidas.

El sol caía sobre el chamizo como fuego líquido, convirtiendo la atmósfera en algo semejante a un horno. No obstante, y en

consideración a lo que pudiera sacar del mejicano, me entretuve allí dentro el tiempo suficiente para afeitarme y lavarme lo mejor que pude con la escasa agua que llegaba. La cara que se reflejó en el espejo después de esas operaciones casi me resultó desconocida. No obstante, no había duda que era la mía a juzgar por los verdugones que la salpicaban, como testimonio de la paliza recibida la noche anterior.

Acabé de vestirme apresuradamente y abandoné el cuchitril como si huyera del infierno. Si conseguía los quinientos dólares cambiaría de vivienda, seguro.

Todo dependía de Zabala.

CAPÍTULO III

El mejicano ocupaba una casita blanca y deslumbrante bajo la viva luz del sol, situada al final de una calle empinada, en las afueras. El barrio estaba en construcción y había montones de escombros y tierra removida por todas partes. La casa más cercana quedaba a quinientos metros de distancia.

Si se alegró de verme supo disimularlo muy bien. Emitió una especie de gruñido cuando abrió la puerta.

—Ha tardado usted mucho en decidirse —rezongó, apartándose a un lado para dejarme paso.

Entré y él cerró la puerta. Instantáneamente me encontré sumergido en una atmósfera fresca y cómoda. Eso era algo que no se me había ocurrido; que el elástico Zabala poseyera aire acondicionado.

—Venga —dijo—; le prepararé un trago. ¿Le apetece un *whisky*?

—Apenas si recuerdo su sabor. Por aquí lo venden a unos precios prohibitivos...

Entré con él a una salita clara y amueblada funcionalmente. Me indicó un diván tapizado de color azul y se ocupó de preparar dos vasos con *whisky* suficiente para satisfacer a un sediento.

Paladeé el licor en silencio, con la misma concentración que si estuviera cumpliendo un rito sagrado. Había olvidado el tiempo transcurrido desde que bebiera *whisky* por última vez, pero el sabor despertó en mí tremendos deseos de seguir saboreándolo.

—¿Qué le ha decidido a aceptar mi oferta? —quiso saber el mejicano.

Dejé el vaso sobre una mesita, reservando un sorbo para más tarde, y confesé:

—Anoche ocurrió algo que me impulsó a venir a verle. Me quedé sin un centavo.

—A juzgar por su aspecto, alguien estuvo practicando boxeo con usted. ¿Tiene eso relación con su falta actual de fondos?

—Puede llamar a cada cosa por su nombre —refunfuñé, fastidiado por su ironía—. Tomé parte en una partida, las cosas se liaron y acabamos a golpes. Yo llevé la peor parte.

—Comprendo. Alguien hizo trampas.

—En todo caso, no fui yo solo quien las hizo.

Se rio silenciosamente. Advertí que sus ojos negros como el azabache no reían en absoluto. Solo los labios delgados hicieron un simulacro de hilaridad.

—No importa —dijo—. Podrá ganar dinero sin necesidad de hacer

trampas con los naipes...

—Quinientos dólares —le recordé—. Esa fue su oferta, y además...

—Además un equipo completo para cambiar de aspecto. Pero no espere cobrar los quinientos dólares sin más ni más. Tendrá que ganárselos.

—Eso no me gusta. Es mejor que empiece a contarme toda la historia. ¿Qué espera usted que yo haga?

Bebió despacio, como si saborear el *whisky* fuera lo más importante del mundo. Después habló, y su voz era suave y fría, tan helada como un témpano.

—Sabrá usted los detalles cuando llegue el momento —explicó pausadamente—. De momento se vestirá usted correctamente, frecuentará usted ciertos lugares elegantes y se dejará ver en ellos lo suficiente para que todo el mundo se habitúe a su presencia. Eso es todo por ahora.

—No estoy seguro de que eso sea suficiente. Si he de meterme en un lío quiero saber de dónde pueden llegarme los golpes.

—No habrá golpes. Y es posible que su actuación se reduzca a algo tan inocente, que ni siquiera pueda considerarse un lío. Le facilitaré ahora el dinero para vestirse por completo, más cien dólares para los gastos. Eso será bastante para empezar.

Lo pensé unos pocos segundos. No tenía dónde elegir. O todo o nada, así que...

—Okey, Zabala; considéreme a sus órdenes.

Sonrió y buscó un par de cigarrillos. Cuando los hubimos encendido detalló:

—Tan pronto se haya equipado, se dedicará a recorrer los cabarets de lujo, los bares de los hoteles de primera categoría, y esta noche, después de las doce, recalará en el «Tropicana». Es preciso que en un par de días su presencia en esos lugares se haya hecho familiar. Usted sabrá componérselas para conseguirlo.

A propósito, ¿cuál es su nombre auténtico?

—Johnny Kidd.

—No me gustaría que tratase de engañarme, Johnny.

Y menos con su nombre.

—Ese es el mío, tómelo o déjelo. ¿Qué importancia tiene eso?

—Puede tenerla. Acabe su bebida y nos iremos.

Acabé con el *whisky*. Me supo a poco, pero el mejicano ya se había levantado y no parecía hombre capaz de perder tiempo invitándome a otro trago, así que salimos de la fresca casita.

Había un pequeño garaje adosado a la parte posterior. Zabala lo abrió y apareció un «Chevrolet» casi nuevo, descapotable, pintado en dos tonos. Lo que me dejó un tanto confuso al verlo fue su matrícula.

—Ese será su coche de ahora en adelante —anunció—. Para todo el

mundo, es usted un comerciante de San Diego disfrutando de unas vacaciones.

—Esa matrícula de San Diego —dije—, ¿es auténtica o solo una pantalla?

—Auténtica. El coche está en regla.

—No le creo a usted, pero no importa. ¿Espera que con cien miserables dólares mantenga ese cacharro, además de beber en todos esos lugares que me ha indicado?

—Los gastos serán contados aparte. Tome usted el volante.

Hacía meses que no sentía un coche bajo mis manos, pero a pesar de la falta de práctica manéjé el auto con suavidad. Una vez en la calle, indagué:

—¿A dónde vamos ahora, patrón?

—Al centro. Quiero asegurarme de que adquiere las ropas adecuadas a su nueva posición.

Rodamos en silencio durante un buen rato, pero finalmente fue él quien volvió a la carga.

—¿Hay algo que le obligue a vivir lejos de su tierra, Johnny? Puede decirme la verdad porque eso no influirá para nada en nuestro convenio.

—Mire, Zabala; lo que haya detrás de mi déjelo en paz. Lo único que le diré es que no me busca la policía, si es eso lo que le escuece.

—No me importaría que estuviese reclamado en su país... Bueno, tuerza por ahí ahora, vamos a la calle General San Martín. Hay buenos sastres en ella.

Los había, así como toda clase de tiendas; las más lujosas de la población. Dejé que Zabala se diera el gustazo de elegir mi nuevo equipo, y lo hizo con un gusto que me dejó estupefacto.

Cuando terminamos el recorrido me encontré convertido en un elegante turista rezumando categoría por todos los poros. Excepto mi bolsillo, que continuaba vacío, mi aspecto era el de quien posee dinero de sobra y además está convencido de ello.

Mis ropas viejas quedaron en poder de Zabala, que gruñó:

—Yo haré desaparecer esta basura. Desde este momento, es usted un turista de vacaciones. Ya sabe lo que tiene que hacer.

—¿He de ir a verle a su casa para recibir instrucciones?

—No volverá a poner los pies allí bajo ninguna circunstancia. Yo me pondré en contacto con usted cuando sea necesario. Eso es muy importante, así que recuérdelo.

—Bien, usted es quien da las órdenes. ¿Qué hay de la «pasta»?

Sacó un fajo de billetes en el que estaban mezclados los dólares con los pesos mejicanos, contó cuidadosamente cien de los primeros y antes de entregármelos machacó:

—Métase bien eso en la cabeza, Johnny; si trata de engañarme lo

pagará muy caro... Tanto, que posiblemente se vea como ese.

Señaló por encima de mi hombro hacia un punto situado detrás de mí. Volví la cabeza y tuve un sobresalto. Un coche fúnebre cargado con su ataúd se alejaba calle arriba a buena velocidad. Como el cementerio no estaba en aquella dirección, calculé que trasladaban el fiambre a la frontera.

Zabala remachó:

—Algunos compatriotas suyos mueren en nuestro país, Johnny, y su cuerpo es trasladado a sus puntos de origen. Cuide de que el suyo no emprenda ese viaje.

—Nadie se molestaría en trasladarme a Los Ángeles, Zabala. Pero no se preocupe, entiendo lo que quiere decir.

—Así es mejor. Suerte.

Se alejó andando a buen paso por la acera bañada de sol, con el fardo de mis ropas viejas en la mano. Quedé al lado del coche, viéndolo partir y preguntándome si no acababa de meter la cabeza en un nudo corredizo.

Bueno, de momento era el feliz poseedor de cien dólares, un coche casi nuevo y las ropas capaces de permitirme la entrada en cualquier ambiente, así que no había por qué preocuparse por anticipado por lo que pudiera suceder más adelante. Era una situación absurda y sería idiota darle más vueltas después de haberla aceptado.

Celebré mi cambio de posición obsequiándome con un banquete en un buen restaurante, en cuyo salón permanecí un buen rato saboreando un cigarro de cincuenta centavos y dejando que el sol, en el exterior, perdiera su virulencia.

Mediada la tarde conduje el “Chevrolet” rumbo al Hotel La Hacienda. Para empezar a frecuentar lugares de lujo tanto daba uno como otro.

El bar de ese hotel es uno de los más acreditados de Tijuana, aunque cuando yo entré en él, apenas si había media docena de clientes debido a lo temprano de la hora, pero se respiraba allí una atmósfera de la que yo había carecido durante meses y meses. Casi me sentí un intruso o poco menos.

El *barman* se apresuró a servirme un *whisky* doble con hielo. Lo saboreé y entonces me pareció que volvía a recuperar una personalidad de la que me había desprendido mucho tiempo atrás.

Aproveché la presencia de un botones para indagar:

—¿Está la señora Perry en el hotel, muchacho?

—Cómo no, señor. ¿Debo avisarla que está usted aquí?

Saqué unas monedas sueltas y las puse en su mano discretamente tendida.

—Dime algo más de ella antes de decidir. ¿Es bonita?

—Muy guapa —sonrió con aire confidencial, y murmuró—: Todo

el hotel está revolucionado a causa de ella.

—¿Está sola?

—Así es.

—¿Visitas?

—Ninguna que yo sepa, señor. Además, sale muy poco.

—¿Te parece que tiene buen dinero?

Casi se ofendió ante la duda.

—¡Claro que sí, señor! Ocupa la mejor *suite* de todo el hotel, y llegó con un coche fantástico... Nunca había visto otro igual.

—Perfecto, chico. Eso es todo.

—¿La aviso ahora?

—Todavía no. ¿Dónde tiene ese coche tan estupendo?

—En el garaje, detrás del hotel...

—Gracias. De momento, olvídate de esta charla, ¿eh, muchacho?

—Como usted diga.

Se fue, desconcertado.

El garaje era una nave con cubierta provisional, caliente como la boca de un horno. Tal vez debido al calor el guardián había desertado de su puesto, suponiendo que había alguno.

Solamente había tres coches. Un «Ford» de tres años, un «De Soto» nuevo y un rutilante «Lincoln» gris perla con la capota bajada. Supuse que el coche que había asombrado al botones sería ese, de manera que lo examiné de cerca. Realmente, era una maravilla sobre la que habían añadido sus buenos mil dólares de extras, adornos y cromados.

Conseguí leer la patente. Estaba a nombre de Butch Perry, de Los Ángeles. Jamás había conocido a nadie llamado así, pero el nombre me aclaraba una duda; la dama que se había interesado por mí estaba casada.

Regresé al bar. Como si hubiera estado aguardando mi vuelta, el botones remoloneaba por allí, de manera que lo llamé, y, dándole unas monedas más, dije:

—Ahora puedes decir a la señora Perry que la espero aquí. Mi nombre es Johnny Kidd. ¡Volando!

Trotó y desapareció por la enorme arcada que separaba el bar del vestíbulo.

Mientras aguardaba, francamente intrigado, pedí otro doble con hielo. El *barman* me sirvió con la misma celeridad de costumbre. Le premié con cincuenta centavos. Seguro que a ese paso me haría popular en el bar de «La Hacienda».

Algunos de los bebedores que estaban en la barra se fueron durante el intervalo. Reflexioné respecto a la fresca y agradable comodidad del lugar y me estremecí al pensar en mi covacha. Tendría que cambiar de domicilio esa misma noche.

Alguien se acomodó en uno de los taburetes, casi al final del

mostrador. Pidió algo al *barman* y este se apresuró a servirle, con la velocidad requerida en semejante ambiente. Me pregunté qué demonios haría el mozo cuando no hubiera clientes. O se mordería las uñas o recorrería la barra de punta a punta a paso de carga.

El nuevo cliente era un mejicano de rostro cetrino, fino bigote tan negro como sus ojos y cabello espeso y ensortijado. Vestía un immaculado traje blanco, camisa cerrada y corbata gris claro. Imaginé que era uno de esos potentados dueños de haciendas, en las que trabajaban centenares de peones que solo ven al patrón un par de veces al año, cuando se celebran sus fiestas típicas...

Mis ideas sufrieron un colapso cuando una voz suave, un poco baja, murmuró a mis espaldas:

—¿Cómo te va, Johnny?

Antes de volverme supe a quién pertenecía la voz. Noté un escalofrío en el espinazo, una especie de corriente de hielo invadirme con su frío de muerte. Me volví muy despacio.

Y allí estaba ella, majestuosa y altiva, tan bella como yo la recordaba, con sus ojos verdes de mirar hipnótico fijos en los míos y sonriéndome con todo el calor del infierno.

Lil.

La mujer que yo deseaba matar con mis propias manos.

CAPÍTULO IV

No sé cuánto tiempo transcurrió en medio del más completo silencio, sintiéndome sacudido por todos los embates de una tempestad de odio y tratando de dominarlas antes que los demás pudieran advertir mi estado de ánimo. Tanto el *barman*, como el hacendado y los otros dos clientes tenían fija su mirada en la hermosa mujer, subyugados por su belleza.

Yo sabía que bajo aquella hermosa fachada se escondía el alma de un reptil venenoso.

Su sonrisa se acentuó cuando acabó de acercarse para encaramarse al taburete a mi lado. Inconscientemente, mis puños se cerraron con tanta violencia que las uñas se hincaron en la palma de la mano. Pero no advertí el menor dolor.

—¿Tanto te sorprende verme, querido? —susurró, envolviéndome en la ardiente caricia de sus ojos.

Salí de mi estupor a duras penas.

—Eres la última mujer que hubiera esperado encontrar aquí. La señora Perry —comenté con sarcasmo—. Cambias de nombre con extremada facilidad.

—Es mi nombre, Johnny. Me casé con Butch hace algunos meses.

—¿Esperas que te felicite?

Me sorprendió mi voz ronca y dura. O tal vez estaba sorprendido de comprobar que había podido dominarme después del primer choque.

Rio muy quedo, desviando la mirada. Advertí entonces que el *barman* estaba plantado ante nosotros y esperé a que ella pidiera una bebida antes de espetarle:

—Anoche, tu mensajero me informó de tus desvelos por localizarme. Si hubiese sabido entonces que la señora Perry eras tú hubiera escapado de Tijuana como del infierno.

—¡Qué tonterías dices, querido! ¿Por qué tendrías que haber hecho eso? Por lo general, los hombres no huyen de mí... todo lo contrario. No puedo creer que me encuentres tan horrible, Johnny.

Apreté las mandíbulas. El mozo acudió con el pedido de ella, lo dejó sobre el brillante mostrador y se alejó discretamente. Antes de probar su *whisky*, Lil añadió, susurrante:

—¿O me tienes miedo, amor?

—Tengo miedo de mí, Lil.

—Eso es absurdo...

—Tengo miedo —repetí con voz sorda—; tanto, que puedes dar gracias al cielo porque nuestro encuentro se haya efectuado en un lugar

público como este.

—Entiendo. Temes volver a enamorarte de mí.

—Una vez más estás en un error. Lo único que temo es no poder contener mis ansias de matarte.

—¡Johnny!

—Lo he soñado durante casi dos años —añadí, huyendo de su mirada—. Noche y día, a todas horas, mientras me iba hundiendo más y más, cayendo cada vez más bajo... ¿Entiendes eso, víbora? En sueños, mis manos se cerraban sobre tu cuello de nácar, y apretaban y apretaban hasta que la muerte asomaba a tus ojos... y yo pensaba que mi ruina, mi degradación, todo mi fracaso, te lo debía a ti...

—¡Johnny! —balbució, pálida como la cera.

—Y entonces despertaba, y todo el odio del mundo burbujeaba en mis entrañas al comprobar que todo había sido un sueño... que jamás podría ver realizado. Y ahora te presentas aquí, al alcance de mis manos. Debes estar loca.

Sus dedos temblaban cuando se apoderó de su vaso y casi lo vació de un trago. Sus ojos ya no me miraban, sino que parecían esquivar los míos.

Dejó el vaso por temor a que sus dedos inseguros no pudieran sostenerlo.

—Ha pasado mucho tiempo, Johnny —murmuró—. Lo que sucedió entonces quedó atrás...

—También mi nombre, y mi carrera, y hasta mi vida, quedó atrás, enterrada en el tiempo. Pero yo no he olvidado, Lil.

—¿Puedes creerme si te digo que todo mi deseo es borrar el mal que te causé? Quiero ayudarte... Cuando el botones me contó el estado en que te había hallado, dónde y cómo vivías, pensé que sería muy hermoso sacarte de esa vida. Tengo dinero ahora, Johnny, mucho dinero. Sin embargo, a juzgar por tu aspecto, el botones me engañó.

—El chico te dijo la verdad, aunque eso no importa.

—Me crees, ¿verdad, querido?

—Solo un retrasado mental podría creerte, perra —gruñí con voz ronca y baja—. Un escorpión sigue siendo un escorpión por años que pasen.

No replicó. Limitóse a agachar la cabeza y jugueteó distraídamente con su vaso. Cuando advirtió lo que estaba haciendo se lo llevó a los labios y lo vació.

Aproveché para hacer lo mismo con el mío, hice una seña al mozo y menos de un minuto después había dos nuevas bebidas sobre la barra.

Miré a mí alrededor, temeroso de que alguien hubiese advertido la tremenda tensión existente entre ella y yo. Solo quedaba el tipo vestido impecablemente de blanco, al que yo había calificado de hacendado, y no parecía prestamos la menor atención.

Tras el largo paréntesis, Lil susurró:

—Johnny...

—Pierdes el tiempo si pretendes convencerme de que eres una dulce paloma.

—No trataré de convencerte ahora y aquí —levantó la cara y de nuevo sus ojos se clavaron en mí, ardientes, insinuantes, con una suerte de extraño desafío en el fondo de la mirada—. Tengo cosas muy importantes de que hablarte. Tan importantes que pueden cambiar el curso de tu vida... y de la mía.

—Ya lo cambiaste una vez, ¿recuerdas?

—Olvídalo, Johnny. Es tan importante...

Sentí tentaciones de acabar con todo allí mismo. Estaba tan cerca de mí que su garganta era un desafío a mí odio. Al mismo tiempo, el sutil perfume que se desprendía de su cuerpo tenso y sugestivo me envolvía cual si fuera un hechizo. Supe que no soportaría semejante tortura por mucho tiempo, a pesar del lugar y de cuantos pudieran presenciar el terrible final del drama.

Entonces ella murmuró:

—Esta noche, a las diez, te esperaré en mi habitación, Johnny. Está en la segunda planta, el número treinta y dos. Estaré sola, completamente sola.

Una especie de trueno lejano comenzó a repercutir en algún rincón de mi mente, creciendo por instantes, arrollador como un huracán.

«Estaré sola, completamente sola...»

—Vendrás, Johnny.

No fue una pregunta. Lo daba por hecho.

Y era cierto.

Iría.

El estruendo de mi mente llegó a su cénit, casi volviéndome loco, con el cráneo a punto de estallar. Apreté los dientes y cerré los ojos para no ver el velo rojo que se extendía ante mí como un lago de sangre.

Entonces añadió suavemente:

—Es lo más grande que hayas podido imaginar jamás. Una fortuna inmensa para los dos... y todo volverá a ser como en los viejos tiempos, amor; tú y yo.

—¿Y Butch Perry?

—Bah, nuestro enlace fue un asunto puramente de negocios. No debes preocuparte por eso. Nuestra asociación terminó ya.

Asentí con un gesto. Luego, una voz que no se parecía en nada a la mía, dijo:

—Iré a tu habitación, Lil... a las diez de esta noche.

—Sabía que podía contar contigo, querido.

Sonrió triunfalmente. Soporté su mirada durante unos eternos instantes. Después, bajé la mía hasta detenerla en su cuello mórbido y

blanco, de piel tan suave como la seda. Mentalmente, «vi» el lugar exacto donde mis dedos se cerrarían como una garra.

—Seguro —murmuré—. Puedes contar conmigo.

Descendió del taburete con movimientos calculadamente provocativos. Antes de alejarse repitió:

—A las diez, Johnny. ¡He deseado tanto este encuentro!

—No tanto como yo...

Pero ya no me escuchó. La seguí con la mirada mientras atravesó el salón. Era más atractiva que antes todavía... y tenía que morir.

Todo el tumulto de mi mente se aplacó en cuanto ella hubo desaparecido. En aquel instante supe que mi pesadilla de odio terminaría justo a las diez de la noche. El sueño que había estado atormentándome se convertiría en realidad...

CAPÍTULO V

Por alguna extraña reacción del subconsciente, desarrollé el programa que Zabala dispusiera, incluso sabiendo que después de las diez de aquella noche todo habría terminado para mí.

Después de abandonar el bar del Hotel La Hacienda recorrí otros establecimientos de la misma categoría, dejándome ver en ellos, repartiendo propinas, entablando diálogos con los empleados y los clientes que, juzgando por su actitud y franqueza con los camareros, me parecieron asiduos de cada local.

No obstante, ni un segundo dejé de pensar en Lil, en su inesperada presencia y subsiguiente invitación. Y, sobre todo, en lo que ella había sido para mí dos años antes, y en su engaño, el maquiavélico plan que me había convertido en un miserable, expulsado del colegio de abogados y rechazado por mis colegas y amistades como un leproso.

Eran las nueve y media cuando entré por segunda vez en el bar del hotel. A pesar de mis andanzas en aquellas últimas horas, no llevaba en el cuerpo demasiado alcohol, de manera que pude pedir un *whisky* doble con hielo sin temor a que la más mínima embriaguez hiciese vacilar mi voluntad.

Había mucha más gente que en mi primera visita y hube de acomodarme en un extremo, de pie, para beber el licor, sumido en aquella especie de ensueño que la inminente venganza provocaba en mi ánimo.

El hombre que estaba a mí lado se encargó de romperlo, no obstante.

—Creo que usted y yo nos hemos visto en alguna parte —dijo.

Su voz era clara y segura, a pesar de que a juzgar por su apariencia llevaba más licor en el cuerpo del que podía resistir.

Lo reconocí después de una corta inspección. Era el tipo a quién yo catalogaba aquella tarde como hacendado.

—En este mismo lugar —dije distraídamente—: Esta tarde.

—¿Seguro?

Me encogí de hombros. No tenía ganas de hablar y pensé que si no le contestaba desistiría de seguir dándome la lata.

Pero él opinaba de distinta manera.

—¡Ya recuerdo! —exclamó—. Usted y la bella dama. Hermosa como una flor, mi amigo.

Le miré descaradamente, pero no parecía que su interés se centrara particularmente en el hecho de que yo hubiese hablado con Lil.

Sin embargo, añadió:

—Soy un admirador de la belleza, señor. Debo felicitarle por su exquisito gusto en cuestión de mujeres... y conste que soy un experto en la materia. Llámeme Ortiz, mi amigo; Diego Ortiz.

—Maldito si tengo interés en llamarlo de ninguna manera —le espeté, apurando mi *whisky*.

Dejé el importe sobre la barra y me alejé, casi huyendo del pegajoso tipo. Detrás de mí, él hizo un comentario poco halagüeño para mí sociabilidad, pero se perdió entre el rumoreo de las conversaciones.

El vestíbulo estaba desierto a excepción del recepcionista, que mataba el tiempo leyendo un periódico de la capital, seguramente atrasado. Ni siquiera levantó la mirada cuando emprendí el ascenso de las escaleras.

Llegué a la segunda planta andando como un sonámbulo. Mis piernas se movían por pura inercia, mientras mi voluntad parecía ausente, igual que si de repente hubiese quedado vacío por dentro.

Me detuve frente a la puerta señalada con el número treinta y dos. La misma fuerza ciega que me empujaba movió mi brazo para llamar suavemente con los nudillos, aunque no obtuve respuesta alguna. Tal vez fuera demasiado pronto.

Mi reloj señalaba las diez menos diez minutos. Quizá Lil no había llegado todavía...

Se me ocurrió que sería una gran cosa sorprenderla. No darle tiempo a gritar, ni siquiera a iniciar el diálogo tratando de vencerme... Posiblemente, en el fondo de mi mente existía el temor de que ella pudiera subyugarme de nuevo con sus indiscutibles encantos, convirtiéndome por segunda vez en juguete de sus diabólicos deseos...

Sería mejor no darle la más leve oportunidad de poner en práctica sus mañas de seducción.

Probé el tirador de la puerta. Giró con suavidad y esta se abrió mostrándome el oscuro interior. Me deslicé dentro, cerrando inmediatamente y quedándome quieto pegado a la pared, a un lado de la entrada.

Estuve pensando en la mejor manera de caerle encima cuando entrara, pero era preciso conocer la disposición del lugar y la colocación de los muebles para moverme con la seguridad necesaria, lo cual requería encender la luz exponiéndome a ser descubierto... o a alarmarla si llegaba en el momento en que las luces brillasen en la habitación.

Y fue en aquel preciso instante cuando mi decisión comenzó a tambalearse. No pude comprender cómo sucedió, ni qué factores intervinieron en el cambio, pero algo pareció resquebrajarse en mi interior.

Continuaba deseando matarla, pero al mismo tiempo algo me decía que no tendría valor para hacerlo. Mentalmente, me llamé cobarde una

y otra vez... y se entabló una especie de pugilato en mi cerebro, como si hubiese alguien en él insinuándome que era más cobarde aún el que ataca a una mujer, por pérfida que ella sea...

De repente, mi mano se movió tanteando la pared. Vería la disposición del lugar y apagaría de nuevo la luz. Cuestión de segundos tan solo...

Encontré el interruptor y le di vuelta. La gran lámpara del techo derramó una catarata de claridad y pude ver lo que me rodeaba, tan súbitamente y con tanta precisión como el objetivo de una cámara fotográfica.

Desde luego, no cabía duda que aquellas eran las mejores habitaciones del hotel, tal como había ponderado el botones. Lujo, tonos suaves y sedantes, comodidad y aire acondicionado individual.

Y sangre.

¡Había sangre en los muebles, en una pared... en el suelo!

Quedé rígido, seguro que era víctima de un desequilibrio mental. Había soñado tantas veces con acabar con Lil que, cuando tenía la oportunidad de hacerlo, y después de confesarme que no tendría valor para ello, creía ver la sangre de la mujer que me había perdido esparcida a mí alrededor.

No obstante, yo no podía saber a quién pertenecían las rojas manchas, todavía húmedas y reflejando el brillo rojizo de la luz.

Tardé poco en convencerme de que mi mente no tenía nada que ver con lo que estaba viendo. Aquello era sangre sin la menor duda, y había la suficiente como para estar seguro también de que no había brotado de una simple herida...

Avancé al fin, despacio y con una creciente sensación de debilidad en las piernas. Inconscientemente, quería saber, ver por mis propios ojos lo que, por otra parte, me empujaba a salir corriendo de la habitación...

Y lo vi al otro lado del sofá que parecía partir en dos la gran estancia.

Llevaba el mismo vestido color crema que le viera puesto por la tarde, y la misma pulsera, y la alianza en la mano. Incluso conservaba el fino collar que rodeara su garganta.

Pero ahí terminaba todo. La cabeza era un amasijo informe y nauseabundo que explicaba la espeluznante cantidad de sangre esparcida.

Debían haberla golpeado brutalmente hasta matarla. Un método salvaje y silencioso, a menos que la víctima consiga gritar.

Lil no había podido hacerlo.

Retrocedí, aterrado, poniendo de nuevo la distancia entre el espantoso cuadro y yo, con el diván por barrera. No obstante, continué viendo la sangre y sentí náuseas, lo cual me empujó a escapar sin más

dilaciones. Ni siquiera me entretuve en apagar la luz, pero sí cerré la puerta detrás de mí, antes de lanzarme escaleras abajo.

Sintiéndome débil y mareado, opté por dirigirme al bar antes de abandonar el hotel. Después de todo, nadie me había visto, así que no tenía nada que temer.

Supongo que mi cara delataría mi estado de ánimo, porque el mozo me miró de una manera rara, aunque se apresuró a servirme el *whisky* doble que le pedí.

Después del primero siguieron dos o tres más, con los cuales conseguí que mi estómago dejase de dar saltos y que mis piernas vacilaran un poco más. Afortunadamente, pude encaramarme a un taburete y las cosas fueron más fáciles.

Por si algo me faltaba en aquellos atroces momentos el petimetre vestido de blanco llamado Diego Ortiz me descubrió y en menos de unos segundos lo tuve a mi lado, tan pegajoso como de costumbre.

—¿Su linda amiga no ha acudido a la cita?

Respondí con un seco gruñido, pero ni así se dio por enterado. Llevaba un vaso en la mano en el que quedaban unas gotas de licor. Me pareció menos beodo que anteriormente, y más desagradable.

—Son inconstantes, mi amigo —machacó—. Cuanto más hermosas, más inconstantes. ¿Ha probado en su habitación?

—Cierre la boca.

—No se altere por algo tan insignificante como un plantón... ¿No lo llaman ustedes así también? Insista... tengo experiencia, mucha experiencia. A ellas les gusta que las asedien. Se lo dice a usted un experto en la materia. ¿Le he dicho ya que mi nombre es Diego Ortiz?

Mis nervios estaban justo en el punto de ruptura, Comencé a pensar que aquello terminaría mal.

Llamé al mozo y pagué con un billete de cinco dólares. Mientras aguardaba el cambio, el tal Ortiz repitió:

—¿Ha probado en la habitación de su dama? No debe darse por vencido, ¿sabe?

—Lárguese.

—¿Cómo?

El mozo llegó con la vuelta. Dejé unos centavos e inicié la retirada antes que sucediera lo peor. Pero el mejicano puso su mano en mi brazo y me detuvo.

—¿Por qué tanta prisa, mi amigo? Tome otro trago a mí cuenta. Quiero contarle cómo conseguí una vez...

Le sacudí bajo el mentón con la derecha. Fue un buen puñetazo que casi lo levantó del suelo. Sus ojos giraron en las órbitas mientras volaba dando traspiés hasta golpear de espaldas contra la barra.

Se hizo un silencio absoluto en el bar. Nadie se movió, ni siquiera el *barman*. Ortiz quedó unos instantes bamboleándose junto al mostrador

donde había tropezado. Luego consiguió aferrarse al borde para conservar el equilibrio, sacudió la cabeza volviéndose, y me miró con una expresión indescifrable en su cara cetrina. No parecía demasiado furioso por el trastazo recibido.

Yo dije:

—Puedo continuar demostrándole cómo se cierra una boca, «mi amigo».

Se acarició el mentón sin dejar de mirarme. Cuando habló lo hizo con su voz segura y normal, como si no hubiera sucedido nada.

—Quizá no he sabido presentarme adecuadamente —dijo—. Soy el capitán Ortiz, de la policía nacional. Se ha precipitado usted, *yanki*.

Mudo de estupor, opté por girar sobre mis talones y abandonar el bar antes que fuera demasiado tarde. No me cupo ninguna duda que las dificultades no habían hecho más que empezar.

Mi antagonista no hizo absolutamente nada por detenerme, pero en mi nuca sentí el dardo de su mirada hasta que hube traspuesto la salida.

Por una noche ya era suficiente; dejar atrás un cadáver y un capitán de policía golpeado era todo un record por el cual, yo estaba seguro, no tardarían en darme un buen trofeo.

CAPÍTULO VI

Aquella noche, después de la visita al *Tropicana*, siguiendo las instrucciones recibidas de Zabala, alquilé una habitación en una fonda de segunda categoría, en la que no hicieran preguntas respecto a mí falta de equipaje, gracias a presentarme con el lujoso coche. No conseguí pegar un ojo hasta que las primeras luces del amanecer recortaron nítidamente la ventana.

No obstante, creo que incluso dormido continué pensando en lo sucedido, porque tan pronto abrí los ojos mi mente me mostró con claridad las escenas vividas horas antes con todo su espeluznante realismo.

Solo abandoné la pensión para comer. El resto de la tarde lo pasé tumbado en la cama, fumando y reflexionando, imaginando lo que debería declarar cuando fuera interrogado. Porque estaba completamente seguro que lo harían respecto al asesinato de Lil.

Solo al anochecer tomé el coche y me dispuse a repetir el recorrido de la noche anterior, exceptuando del mismo el bar del Hotel La Hacienda.

No sucedió nada en ninguno de los locales que visité, mostrándome y haciendo los posibles para que los demás notasen mi presencia.

Solo cuando, a la hora convenida, entré en el *Tropicana*, el elegante cabaret frecuentado por todos los turistas de posición que visitaban Tijuana, encontré a Zabala bebiendo en una esquina del mostrador, muy interesado, al parecer, con el espectáculo de la pista.

Fui a sentarme a su lado y pedí un *whisky*. Sin despegar su mirada de la bailarina que se contorsionaba bajo la luz de los focos gruñó:

—Hay que adelantar los acontecimientos, Kidd. Tenemos que hablar.

—Hágalo; puedo escucharle perfectamente aquí.

—También otros pueden oírnos. Cuando termine el espectáculo saldré. Sígame cinco minutos después, sin apresurarse. Nos encontraremos en el coche.

—Está bien.

—Puedo decirle que hasta ahora se ha portado usted bien, Kidd. Una excelente representación... incluso el puñetazo al capitán Ortiz resultó magistral.

—¿Qué demonios quiere dar a entender?

Se rio por lo bajo.

—Ese puñetazo vale todo el oro del mundo. Ningún tipo que esté planeando un buen golpe se atrevería a sacudirle un trastazo el capitán

Ortiz. Eso le coloca a usted fuera de toda sospecha, pase lo que pase. Ortiz creará a pies juntillas que es usted un turista irascible, pero la cosa no pasará de ahí.

Me hubiera gustado poder contarle la razón por la cual había golpeado, y lo que había dejado en la habitación treinta y dos, pero imaginé que eso no le gustaría. Incluso podía poner en peligro el resto de los quinientos, de manera que callé y aguardé que Zabala se cansara de contemplar a la semidesnuda contorsionista que enardecía a la concurrencia.

Cuando ella se retiró de la pista, entre una tempestad de aplausos, Zabala descendió calmosamente del taburete, encendió un cigarrillo y abandonó el local.

Esperé los cinco minutos justos, pagué y me fui.

El mejicano estaba sentado en el compartimiento trasero del auto. Me instalé ante el volante y pregunté:

—¿He de conducir hacia algún lugar determinado?

—Estamos bien aquí.

Encendí un cigarrillo, me recosté en el asiento y le apremié:

—Suelte lo que sea, Zabala. Estoy impaciente.

—Es sencillo. Esta tarde han llegado unos compatriotas suyos. Padre e hija. Se apellidan Wayne y se alojan en el Hotel La Hacienda. Todo lo que usted tiene que hacer, por el momento, es relacionarse con la hija, trabar amistad con ella y acompañarla a los lugares de diversión. Naturalmente, la llevará a todos esos sitios donde ya ha estado usted dándose a conocer, especialmente al «Tropicana». La cosa resultará mucho mejor si además consigue trabar amistad con el padre.

—¿Para qué todo esto?

—Nada de preguntas. Creo que le será fácil intimar con ellos. Usted, a sus ojos, es un turista experimentado, que habla el español perfectamente y conoce estos lugares y sus costumbres. Se confiarán a usted con toda seguridad, ya que por su parte no saben una palabra de español y forzosamente se sentirán extraños y desplazados aquí.

—Lo que menos me gusta es tener que volver a ese hotel.

—¿Por lo sucedido con el capitán Ortiz? Eso no debe inquietarle. No tendrá dificultades con él. Ya le he expuesto antes mi punto de vista.

—Quisiera tener su seguridad —me lamenté, pensando en realidad que mis aprensiones partían de otro punto mucho más grave.

—No intente forzar las cosas poniendo en peligro la naturalidad de sus relaciones con los Wayne. Tómese el tiempo que precise, pero sin alargar el asunto más de dos días. ¿Comprendido, Kidd?

—Seguro.

—Volveré a ponerme en contacto con usted cuando sea necesario. Mucha suerte, amigo.

Abrió la portezuela, empujó el asiento delantero y se esfumó en la noche como una sombra.

Saqué el coche del estacionamiento y conduje hacia mi nueva pensión. Por aquella noche nada podía hacer para iniciar mi aproximación a los Wayne, aunque no dejé de pensar en ellos y en los planes de Zabala. No pude comprender qué demonio se proponía el escurridizo tipo.

A la mañana siguiente tuve noticias de la muerte de Lil. El periódico publicaba una fotografía del ensangrentado cuarto, encabezando un extenso artículo en que se relataban las circunstancias del crimen, la manera cómo una camarera había descubierto el cadáver y la eficaz intervención de la policía, a las órdenes del comisario de turno, León Martínez.

Gracias al artículo me enteré de que el marido de Lilian Perry estaba a punto de llegar desde Los Ángeles, avisado por la policía. Supe también que la policía tenía valiosas pistas que les conducirían hasta el asesino a no tardar...

Eso me dio bastante que pensar, porque yo debía formar parte de una de esas pistas.

A pesar de todos mis temores, a media tarde me presenté en el bar del Hotel La Hacienda esforzándome por adoptar una actitud despreocupada.

El mozo me saludó como a un asiduo concurrente de la casa. Había multitud de clientes a lo largo del mostrador, la mayoría de ellos empujados por la morbosa curiosidad por el crimen.

Observé que no cesaban de dirigir preguntas al respecto, que el mozo esquivaba de la mejor manera que podía.

En vista de ello me abstuve de hacérselas yo. Había otros sistemas de meter las narices con más efectividad... si uno estaba dispuesto a desprenderse de algún dinero.

Localicé al botones que ya me había atendido la tarde anterior.

Solo tuve que hacerle una pregunta para que soltase la lengua.

—En efecto, señor —se excusó—. Me vi obligado a contarles a los policías que usted me había preguntado por la señora Perry. Estaban haciéndome tantas preguntas que...

—Olvidalo, yo mismo les explicaré lo sucedido. Dime, ¿ha llegado ya el marido de la señora Perry?

—Hace apenas una hora... el pobre estaba deshecho, usted sabe.

Pensé que eso debía ser pura comedia, si había de creer en las palabras de Lil respecto a que su casamiento con Butch Perry había sido una especie de asociación de negocios.

—¿Se ha quedado en el hotel? —seguí indagando.

—Naturalmente. Tardará un día o dos en tener los documentos para llevarse a su esposa. Creo que desea enterrarla en su panteón

familiar.

—Seguro —comenté con sarcasmo—. ¿Qué habitación ocupa?

—La treinta y cuatro, señor.

—¿Y ha llegado solo?

—Efectivamente, aunque en el mismo avión han venido otros americanos que también se han alojado aquí. Pero ninguno de ellos conocía al señor Perry por lo que he podido observar.

—Eres un lince, muchacho. Te veré otra vez.

Se embolsó un par de dólares y yo me quedé reflexionando sobre todo aquello. Me intrigaba la personalidad de Butch Perry, pero eso era algo que quedaba fuera de mis intereses, así que me quedé pensando en la mejor manera de ponerme en contacto con los Wayne, sin tener que preguntar a nadie por ellos para evitar posteriores indiscreciones.

Gracias a que merodeé un rato por el vestíbulo de recepción, conseguí echarle un vistazo al libro de registro durante un descuido del encargado.

Arthur Wayne y su hija Ruth ocupaban dos habitaciones del primer piso. Distinguí un par más de nombres ingleses, pero no tuve tiempo suficiente para leer los detalles. De todas formas, tampoco me importaban.

Continué perdiendo el tiempo durante media hora más, pero finalmente pude identificar mi objetivo.

Y, realmente, no podía haber encontrado una posible meta más seductora. Ruth Wayne era una muchacha que apenas si llegaba a los veinticinco años, alta y delgada, pero con las curvas suficientes para constituir el ideal de un modisto de alta costura. Tenía un cuerpo flexible que adornaba con un vestido de verano cortado por un artista.

Pero lo verdaderamente cautivador era su rostro de niña que ha crecido demasiado deprisa, con grandes ojos azules de mirar brillante, rizadas pestañas que los sombreaban llenándolos de misterio, y una boca de trazo suave, con labios gordezuelos y tentadores.

Su padre era un hombre de unos sesenta años, cabello gris y cuerpo recio. Si uno tenía que juzgarlo por su aspecto, era todo un potentado.

Oí a un empleado llamarle señor Wayne cuando depositó la llave de su habitación en el mostrador, así que no me cupo duda de su identidad.

Por lo visto habían decidido cenar fuera del hotel, porque salieron a la calle con la curiosidad reflejada en sus semblantes.

Estuvieron recorriendo algunos lugares típicos, se extasiaron en todos los escaparates de objetos curiosos del país y acabaron entrando en un restaurante de los mejores.

Me apresuré a instalarme en la mesa vecina y aguardé. Su dificultad para entenderse con el camarero me dio pie para intervenir. Les aconsejé los mejores platos típicos, hice su encargo al mozo y ya

seguimos hablando después como viejos conocidos.

Después de la cena me invitaron a su mesa, donde tomamos café. Las cosas resultaron tan fáciles que casi me avergoncé de lo que estaba haciendo.

Total, aquella noche terminamos en el cabaret «Tropicana», donde seguimos bebiendo, hablando y riendo hasta que el viejo acabó considerándome casi como un hijo.

Bailé con Ruth un par de veces. Era una muchacha deliciosa, pletórica de ansias de vivir y de ver mundo y conocer gente...

Y había tenido que conocerme a mí.

—Ni por un momento pensé que nuestra primera noche en Tijuana resultara tan agradable —comentó, cuando regresábamos a la mesa, después del segundo baile.

—No todos los lugares son tan agradables como este —indiqué—. Si no se conoce el ambiente de cada local uno se expone a sufrir desagradables sorpresas.

—Afortunadamente —rio al llegar a la mesa—, contamos con un experto *cicerone*. ¿No te parece, papá?

El viejo asintió, distraído con las parejas que seguían bailando.

Entonces descubrí a Zabala acodado en el mostrador. No miraba hacia nosotros, pero a juzgar por su expresión satisfecha, ya había advertido que sus planes iban por buen camino.

Una sensación de desagrado me dominó por unos instantes, sobre todo al mirar la cara llena de luz y vitalidad de Ruth Wayne.

Permanecemos en el «Tropicana» hasta la hora de cierre, y entonces aproveché para llevar a Ruth y a su padre al hotel. Nos despedimos efusivamente. El viejo entró primero, para reclamar las llaves, y yo aproveché para redondear el trabajo.

—Ha sido una noche maravillosa, Ruth —afirmé—. Deseo que no sea la única.

—Habrá más noches, Johnny. Vamos a pasar un par de semanas aquí, antes de seguir hacia Agua Caliente.

—Magnífico. ¿Qué le parece si vengo a buscarla mañana por la tarde?

—No sé qué decidirá papá, pero me parece una idea agradable.

—¿A las seis, le parece bien?

Asintió con un gesto, sonriéndome.

Estreché su mano. Me estremecí al sentir el contacto de su piel suave como terciopelo.

Cuando me dejó solo permanecí allí unos instantes, inmóvil, notando todavía en mi mano el contacto de la suya, y aspirando el turbador aroma que había dejado flotando en el aire.

Apenas si oí los pasos que se acercaron a mí por detrás hasta que la voz comentó:

—Es usted muy afortunado con las damas, mi amigo.

Giré en redondo. Casi me di de bruces contra la cara cetrina del capitán Ortiz, quien todavía comentó como colofón a su inesperada presencia:

—Lo malo es que, a juzgar por lo sucedido con la otra, ellas no lo son en absoluto cuando le conocen a usted.

Su fino bigotito pareció estremecerse cuando sonrió. Su mano se posó en mi brazo sin agresividad, pero con energía, y me arrastró fuera de la entrada del hotel.

—Será preferible que me acompañe, amigo. Es importante que hablemos. Podemos utilizar su coche, ¿no le parece?

No repliqué una palabra. Me indicó el camino más corto para llegar a la Jefatura y se arrellanó en el asiento como si no hubiera ninguna idea turbando la paz de su mente retorcida.

CAPÍTULO VII

—Esa actitud no le servirá de nada —sentenció el capitán, comenzando a perder su calma—. Sabemos mucho más de la señora Perry de lo que usted supone. También hemos averiguado los motivos por los cuales fue usted expulsado de la profesión de abogado... y la parte que dicha señora tuvo en esa expulsión. Es lógico que usted le guardase rencor. Después de todo, ella le utilizó como un muñeco, no dudando en enamorarlo y...

—¡Ya basta! —le atajé violentamente.

—No se altere. Eso no es más que el principio.

Estábamos solos en un despacho desvencijado y lleno de polvo, que Ortiz había habilitado para el interrogatorio. Daba la impresión de ser una dependencia que nadie utilizaba desde hacía mucho tiempo.

Con su voz segura y metódica prosiguió:

—Le aseguro que hemos utilizado el teléfono provechosamente para hablar con la policía de Los Ángeles, así que no tiene objeto que usted se obstine en callar, Kidd. Reconozca que todas las circunstancias le acusan en este crimen.

—Eso demuestra la perspicacia de ustedes, capitán.

—Bueno, no somos tontos a pesar de su ironía. Le diré más, solo para que vea las cosas tal como se nos presentan a nosotros. En primer lugar, tenemos que usted ha estado viviendo aquí durante más de un año, sacando dinero de partidas de cartas amañadas, engatusando turistas y haciendo algún que otro trabajo decente de vez en cuando, pero todo ello no le ha dado lo suficiente para dejar de vivir en una pocilga ni comprarse ropa decente en muchos meses. Y de repente, se compra ropas de gran precio, cambia de domicilio, gasta dinero en los lugares más caros de la ciudad y maneja un coche casi nuevo cuyo precio rebasa los tres mil dólares. ¿Qué le parece?

—Usted es quién habla, capitán. Siga haciéndolo.

—Cómo no, mi amigo; espero convencerle de lo absurdo de su postura. Bien, lo más sorprendente de esa metamorfosis, es que se ha efectuado en usted precisamente cuando Lilian Perry llegó a la ciudad, y después que un botones del hotel le informó de que ella deseaba verle. Hemos hablado con el muchacho, así que no trate de negarlo.

—No lo niego. Él me dijo que una tal señora Perry deseaba verme, efectivamente, pero yo no sabía que fuera Lil. No lo supe hasta que se me presentó en el bar del hotel.

—Es posible, pero dígame, ¿de dónde ha sacado el dinero para su cambio de vida?

—Usted mismo ha dicho que mi sistema de vida eran las partidas amañadas. Bueno, tuve una buena racha.

—¿Cuándo?

—Hace un par de noches.

—La última partida que usted jugó terminó un tanto bruscamente. La policía local me ha informado.

No pude ocultar cierto asombro al darme cuenta de lo rápidamente que habían trabajado. Él sonrió socarronamente.

—Ya le he dicho que no somos tontos, Kidd —repitió—. Creo que es hora de que se decida a contarme lo que ignoro de su conversación privada con la señora Perry.

—No hubo tal conversación privada.

—Vamos, vamos; observe que no le acuso del crimen... todavía.

—Muy amable por su parte, pero la única vez que vi a Lil aquí fue en el bar del hotel. Y usted estaba en esa ocasión.

—Pero luego subió a su habitación... poco antes de las diez.

—No.

Suspiró resignadamente. Si aquella era su manera de conducir un interrogatorio, me dije que tenía mucho que aprender de la policía de Los Ángeles... por lo menos en lo que respecta a rudeza.

—Sospecho que me he olvidado de un detalle fundamental —dijo, con expresión apenada—. Los peritos encontraron bastantes huellas dactilares en la habitación del crimen. Las de usted estaban entre las descubiertas, Kidd.

—Ya veo.

—Luego, yo estaba en el bar cuando bajó. Estaba pálido como un cadáver, alterado, ¿recuerda? Solo por el hecho de que yo mencionase un par de veces la habitación de la señora Perry me sacudió un tortazo que por poco me tumba. No le guardo rencor, ¿comprende? Uno sabe los riesgos a que se expone en este trabajo. Pero esos detalles confirman que usted acababa de abandonar la habitación treinta y dos. ¿No es cierto?

—Está bien, es tal como usted dice. ¿Me convierte eso en criminal acaso?

—Estoy esperando escuchar su versión de los hechos para opinar.

—Veo que no me queda más solución que contárselo a usted —rezongué, disgustado.

Así que expliqué la verdad de mi visita a la habitación de Lil al acudir a la cita que me había dado. Me escuchó distraídamente al parecer, pero al final comentó:

—Estoy tentado de creerle, Kidd, pero hay algo que me intriga. ¿Por qué penetró usted subrepticamente en la habitación? No es una actitud correcta ni lógica en quien acude a una cita simple y vulgar.

—No era una cita vulgar. Nada de lo que se relacionaba con Lil lo

era.

—El caso es que usted entró. ¿Por qué?

—¡Maldito sea, Ortiz! —estallé—. Deseaba propinarle una paliza como mínimo, solo para vengarme de lo que había hecho conmigo años atrás.

—Eso me parece que se acerca más a la verdad, aunque imagino que usted no deseaba darle solo una paliza. Tal vez pensase retorcerle el cuello, ¿eh? Pero se encontró con que alguien se le había adelantado. ¿Estoy en lo cierto?

—¿Significa eso que me descarta como sospechoso?

—No del todo, aunque me inclino a creer en su inocencia por varias razones. Primera, el tipo capaz de cometer un asesinato tan brutal, no se olvida de sus huellas dactilares. Lleva guantes. No obstante, las huellas de usted estaban en el escenario del crimen. Segunda, mi amigo; el que perpetró tal salvajada debió abandonar el hotel tan rápido y discretamente cómo pudo. Jamás hubiera cometido la locura de presentarse en el bar recién cometido el crimen. Y por último, estoy absolutamente seguro de que el asesino debió recibir algunas manchas de sangre sobre sus ropas, visto el escenario de su hazaña. Usted llevaba estas mismas ropas que viste ahora cuando apareció en el bar. Una mancha se hubiera distinguido con toda claridad.

No pude ocultar un suspiro de alivio.

—Creo que deberé felicitarle de que, efectivamente, no sean ustedes tontos en su oficio. ¿Qué sigue ahora, capitán?

—Continuo interesado en lo mismo. ¿Qué fue lo que ella le dijo?

Forcé mi memoria y a medida que fueron ocurriéndome le expuse las palabras que ella pronunciara en su única entrevista conmigo.

—Habló de una fortuna, ¿eh, Kidd?

—Ya se lo he dicho. No tengo la menor idea de lo que quería decir.

—Bueno, algunas mujeres son insaciables. Tengo entendido que su marido es un acaudalado hombre de negocios en su país.

—No conozco a Butch Perry.

—Es un ex-corredor de apuestas clandestinas —dijo con indiferencia—. Supo retirarse a tiempo y estableció un par de negocios legítimos que le rinden buenos dividendos. También la policía de Los Ángeles me ha informado de eso.

—Está bien, es una oveja que volvió al redil. ¿Qué más desea preguntarme, capitán, o ya hemos terminado?

—Sigo intrigado por su súbito cambio de posición, Kidd. ¿Por qué no me aclara eso también y terminamos?

—No hay nada que aclarar. Tuve una buena racha en una partida. Se encogió de hombros.

—Como usted quiera, mi amigo. Lo averiguaré por otros medios. ¿Sabe quiénes son ese padre e hija con los cuales ha pasado usted la

noche? Wayne creo que se llaman.

—No sé nada de ellos. Nos hemos conocido en un restaurante, eso es todo.

—Ya; bueno, ella es muy linda, ¿verdad? Yo...

—Seguro —le atajé, fastidiado—. Usted es un experto en la materia. Me lo dijo repetidas veces la otra noche.

—Bueno, trataba de representar mi papel solamente. Pero en eso le dije la verdad. Admiro profundamente la belleza femenina.

—¿Y quién no, capitán? Supongo que ahora podré largarme, ¿no es cierto?

—Sí, yo también voy a acostarme. Creo que no es preciso que le recomiende la prohibición de alejarse de la ciudad. Vamos a necesitarle de nuevo en cualquier momento.

—No pensaba marcharme.

Me acompañó hasta la salida, tan correcto como de costumbre. No obstante, bajo su corrección latía una fuerza oculta que era lo que más me inquietaba de él.

—Usted no pertenece a la policía local —le espeté al despedirnos—. Según los periódicos es un comisario llamado Martínez quien se encarga de este caso. ¿Por qué lleva usted la batuta personalmente?

—Me gusta echar una mano a mis colegas... o quizá existan otras razones.

—Sigo sin comprenderle. En fin, buenas noches.

Solo di un paso antes de que sonara de nuevo su voz.

—Tal vez le guste saber que la policía de Los Ángeles tenía fundadas sospechas contra la señora Perry. Ellos pensaban que había intervenido como encubridora en un importante robo... unos cien mil dólares en efectivo.

—¿Lil?

—Efectivamente. Por eso la mantenían bajo vigilancia.

—No obstante, le permitieron pasar la frontera.

—Seguro. Estaban seguros que no trasladaba el botín. Revisaron su coche hasta el último tornillo, lo mismo que el equipaje. Decidieron darle cuerda, ya sabe cómo se hacen esas cosas.

—Ya veo. Ese podría ser un motivo para explicar su presencia aquí, ¿no es cierto, capitán?

Sonrió como un zorro.

—Quién sabe —runruneó, haciendo un ademán de despedida.

Un instante después había desaparecido en el interior del edificio.

Tomé el coche y me largué a la pensión. No pude quitarme de encima la impresión de que Ortiz había estado jugando conmigo como el gato con el ratón.

Sentirse ratón, en semejante juego, resultó una sensación muy incómoda.

CAPÍTULO VIII

—Usted es Johnny Kidd —dijo el desconocido.

Dejé el vaso y me volví. Estaba sentado en el bar de «La Hacienda», esperando a Ruth. El tipo se había colocado a mí lado poco tiempo antes.

—¿Y qué con eso? —le espeté.

—Me llamo Perry, Butch Perry —añadió.

Pegué un respingo y no traté de ocultar mi interés. Era un individuo alto y no carente de cierto atractivo, de unos treinta y ocho años.

—El marido de Lil —comenté.

—Eso es. Ella había hablado de usted algunas veces.

—¿Le contó toda la historia?

—Parte de ella solamente. No le gustaba hablar de eso.

—Seguro que no.

—Incluso... Recuerdo que una vez aseguró que usted debía estar deseando matarla por haberle perjudicado tanto.

—Estaba en lo cierto. Era lo que más ansiaba... ¿Piensa usted que fui yo quien la mató?

—Bueno, acaba de confesar que lo deseaba...

—¿Y...?

—Pero no puedo creer que lo hiciera de manera tan salvaje. No me parece el tipo bestial capaz de eso.

—Siempre es un consuelo. ¿Puedo invitarle a una copa?

—Puede, naturalmente.

Lo hice, y hasta que tuvimos nuestras bebidas no volvimos a despegar los labios.

Entonces fue él quien indagó:

—¿De qué habló con Lil, cuando la vio aquí?

—Este... del pasado. Intentó convencerme de que estaba arrepentida y solo deseaba ayudarme si yo me encontraba en apuros.

—Me parece un proceder muy extraño por su parte —rezongó preocupado—. ¿Qué más le dijo?

—Nada más; solo me citó en su habitación. Cuando acudí a esta ya la encontré muerta.

—Estoy seguro que debió decirle cómo pensaba hacer algo por ayudarle, Kidd.

—No lo mencionó siquiera.

Me contempló escrutadoramente.

—Creo que miente usted, amigo —dijo suavemente—. Ella vino

aquí con el pretexto de unas vacaciones, pero yo sé que el motivo real de su viaje fue encontrarle a usted.

Bebí todo el contenido de mi vaso antes de replicar:

—Si busca jaleo, Perry, siga llamándome embustero y lo tendrá. Hasta ahora he respondido a sus preguntas por tratarse del marido de Lil, pero no se pase de rosca.

—Tómelo con calma. Es muy importante para mí averiguar algunas cosas que me intrigan.

—¿Cómo cuáles?

—Tal vez lo sepa usted algún día —sonrió, abandonando el taburete—. Si recuerda usted algo más que ella le dijera, venga a decírmelo. Quién sabe; quizá pudiera ofrecerle una pequeña recompensa por las molestias. Hasta luego, Kidd.

—No confíe en mi memoria, Perry.

Se fue, dejándome muy preocupado. No cabía duda que el viudo iba detrás de algo importante. Y conociendo a Lil era seguro que no sería nada limpio.

¿Qué había dicho el capitán sobre un robo? Recordé de repente y quedé rígido ante la idea. ¿Sería el botín de cien mil dólares lo que movería a todos aquellos personajes?

Ruth llegó unos minutos después, librándome de esas preocupaciones. No quiso tomar nada en el bar del hotel y salimos a la calle, donde el sol había perdido su virulencia y ya daba gusto andar sin prisas y sin rumbo.

—¿Te gustaría ver una riña de gallos? —propuse al cabo de unos minutos de silencio.

—¡Oh, no! Me parece atroz que dos animales se destrocen por pura diversión.

—Bueno, era solo una idea.

—Solo quiero pasear, Johnny, y ver escaparates. Antes de irnos deseo comprar algunas cosas exóticas para decorar nuestra casa.

—Perfectamente. Me considero un hombre afortunado solo con llevarte a mí lado. ¿Te das cuenta que todo el mundo te mira?

—Tonterías.

Se echó a reír. Seguimos paseando un rato, viendo tiendas, comentando lo que veíamos y recorriendo una buena distancia.

Repentinamente, al apartarnos de un escaparate, la muchacha exclamó:

—¿Conoces a un huésped del hotel llamado Wheeler, Johnny?

—Que yo sepa no. ¿Quién es?

—Está detrás de nosotros, encendiendo un cigarrillo. Quizá soy un poco tonta, pero creo que nos sigue.

Me puse rígido.

—¿Qué te hace pensar eso, nena?

—Solo es una impresión. Lo he visto dos o tres veces a cierta distancia desde que hemos salido del hotel.

—Vamos, sigamos andando. No demuestres que nos hemos dado cuenta de su presencia. Cuando volvamos a detenernos me lo indicará discretamente. ¿De qué lo conoces tú?

—Nos hemos tropezado un par de veces en el vestíbulo, al recoger la llave. Ya sabes cómo son esas cosas. Es un compatriota nuestro, y ambos estamos en un país extranjero. Se hacen unos comentarios de rutina y eso es todo.

—Comprendo. Mira, podemos detenernos en ese bar de ahí delante. Será un buen observatorio.

Entramos en el bar. Elegí un lugar estratégico y después de pedir unos refrescos esperé la indicación de Ruth.

Y no tardó ni un minuto en llegar.

—Está al otro lado de la calle, Johnny. ¿Lo ves? Viste un traje gris y no lleva corbata... ese alto.

—Ya lo veo. Y no cabe duda que viene detrás de nosotros. Me pregunto si está interesado por mí o por ti, nena. No me gusta su aspecto.

—Es absurdo. ¿Por qué tendría que seguirnos?

—Quizá se lo pregunte más tarde. De momento, vamos a dejar que crea que somos idiotas.

Tomando nuestros refrescos, nos entretuvimos unos minutos más y al fin volvimos a la calle andando con entera normalidad. El fulano continuó pegado a nuestros talones, aunque manteniéndose a una distancia prudencial.

Entonces se me ocurrió algo más.

—¿Sabes si llegó antes o después que tú y tu padre?

—Antes, con toda seguridad. Ya estaba en el hotel cuando nosotros nos inscribimos.

—¿Mucho tiempo antes?

—Creo que sí. Todos los empleados le trataban con mucha familiaridad.

—En ese caso el motivo de su interés debo ser yo. A menos, claro está, que supiera que tú ibas a venir.

—Nadie lo sabía. No tenemos parientes, tú sabes, y la decisión de hacer este viaje fue algo súbito. Papá decidió retirarse y vendió las fábricas. Entonces pensamos celebrar el cambio de vida con un viaje por Méjico y otros países de Sudamérica. Así que escribimos al hotel para reservar habitaciones y emprendimos el viaje apenas sin despedirnos de nadie.

—Bueno, si va detrás de mí, tarde o temprano tendrá que descubrir su juego. Vamos a olvidarnos de él antes de que nos estropee la tarde.

No nos la estropeó. Fue un paseo maravilloso en el cual mi interés

inicial por la muchacha se agigantó hasta el límite. Solo al acompañarla de vuelta al hotel recordé a Zabala y sus instrucciones. Tendría que mandarlo al diablo, aunque me costara perder un puñado de billetes.

—Prométeme que convencerás a tu padre para salir esta noche —le pedí antes de separarnos.

—Veré qué puedo hacer —rio—. Aunque no quisiera estropear otros planes que pudieras tener, Johnny. Estoy acaparando todo tu tiempo.

—No vuelvas a decir una tontería semejante, preciosa. Vendré a las nueve y media. Aquí se cena muy tarde.

—No puedo prometértelo, pero... ¡Johnny!

—¿Qué ocurre?

—Ese hombre otra vez. Ahora se dirige hacia aquí.

—Bueno, este es su hotel, no lo olvides.

Wheeler pasó por nuestro lado con toda normalidad, saludó a Ruth con una cortés inclinación de cabeza y se fue hacia recepción.

Un tanto inquieta, ella atravesó el vestíbulo y desapareció escaleras arriba. Yo retrocedí unos pasos y me entretuve encendiendo un cigarrillo, dándole tiempo al fulano para que pudiera pegárseme otra vez si realmente me andaba siguiendo.

Poco después, cuando eché a andar, el tal Wheeler surgió del hotel con sus andares cansinos y de nuevo lo tuve pegado a mí sombra.

No me preocupé demasiado, a pesar de su inquietante aspecto. Era alto y de hombros poderosos, con cuello de toro y facciones rudas, carentes de expresión. Pero supuse que estaba de acuerdo con Butch Perry, y que este seguía empeñado en averiguar cosas de mí, quizá con la esperanza de descubrir si su mujer me había confiado algún secreto...

Aunque, si me detenía a pensar sobre eso, me parecía absurdo.

Anduve dando un rodeo, me cansé de semejante juego y volví sobre mis pasos hasta el lugar donde tenía estacionado el coche.

Salté al volante, arranqué y salí zumbando antes de que el tipo pudiera reaccionar, aunque no le quedó más remedio que resignarse por cuanto no había un solo taxi a la vista.

Recalé en la pensión para ducharme y afeitarme. Cuando terminaba, la patrona me llamó a gritos desde la planta baja.

—¡Le llaman al teléfono! —vociferó al asomarme.

No recordaba haberle dado a nadie mi nueva dirección. Sin embargo, ahí estaba Zabala, al otro extremo del hilo, hablando con su voz inconfundible.

—Todo va bien, Kidd —aseguró—. Creo que deberé aumentarle la asignación.

—Hay algo que quiero aclarar con usted —le espeté—. ¿Dónde puedo verle?

—Estoy muy ocupado, amigo. ¿De qué se trata?

—No es un asunto para discutir por teléfono. Quiero hablarle personalmente.

—No podrá ser hasta última hora de la noche. O quizá de madrugada. Yo me pondré en contacto con usted.

—Tiene que ser antes, Zabala.

—¿Por qué tantas prisas? Le aseguro que no tiene nada que temer. Todo va bien.

—¡Y un diablo! O me entero de qué clase de partida se está jugando o me retiro.

—Yo en su lugar lo pensaría dos veces, Kidd —murmuró aquella voz helada, cortante como el filo de una navaja.

—¿Qué responde?

—No puede volverse atrás a estas alturas. Todo está preparado para mañana, y no voy a abandonar un negocio semejante solo porque a usted no le guste.

—Olvida que todavía no sé de qué negocio se trata.

—Cuanto menos sepa mejor para usted. ¿De acuerdo?

—No, Zabala, a menos de saber el terreno que piso.

—¿No hay manera de que cambie de opinión?

—Seguro; solo tiene que decirme cuál es la jugada.

—Ya comprendo...

Reinó un silencio prolongado. Imaginé que el mejicano estaría reflexionando a toda presión. Al fin dijo:

—Está bien, Kidd. Tal como usted ha dicho antes, este no es asunto para tratar por teléfono. Esta noche, cuando vaya al «Tropicana» con la muchacha, lo arreglaré para que podamos reunirnos en un lugar discreto. Entonces le revelaré los detalles. ¿Conformes?

—Me parece bien.

Colgué, preocupado. No podía adivinar qué estaba preparándose a mí alrededor, pero sí estaba seguro que, fuese lo que fuese, no sería nada agradable.

Además, estaba mi perseguidor, Wheeler. Y el espía de Zabala, al que no había podido ver ni una sola vez, a pesar de estar seguro de que me vigilaba. Lo demostraba el hecho de que conociera mi nuevo domicilio en la pensión, y el que me localizase tan certeramente siempre que se le antojaba.

Lamenté no tener un arma con que defenderme si las cosas se ponían feas, y fue al pensar en eso que recordé mi cuchitril y la mortal «herramienta» que guardaba allí, como trofeo de una pelea sostenida hacía mucho tiempo con un hampón con instintos de matarife.

Se trataba de una navaja de resorte, que perdió mi antagonista en aquella ocasión, al recibir mi réplica a su ataque. Claro que frente a un revólver no me serviría de mucho, pero...

Antes de volver al hotel en busca de Ruth me encaminé a mi vieja

covacha. No pensaba entretenerme, ya que el tiempo era justo para no retrasarme, pero hube de desperdiciar unos minutos discutiendo con la dueña del patio y la barraca.

—Voy a pasar unos días fuera de aquí —le advertí precavidamente—. Tal vez vuelva o quizá no, pero sea como sea tengo pagado el alquiler hasta final de mes, así que hasta entonces dispongo de ese pestilente agujero. ¿Conforme?

—Por mí... aunque ahora parece que tiene usted buen dinero.

—Solo lo parece. Posiblemente, antes de final de mes me vea obligado a volver aquí.

No fue ninguna burla decirlo. Si rompía con Zabala, volvería a encontrarme una vez más sin un centavo. Solo me quedaría el chamizo del patio...

Si Ruth se quedase más tiempo en Tijuana, ella sería un motivo para tratar de cambiar de vida... dejar de beber y buscar un trabajo.

Bueno, eso estaba muy lejos todavía.

Entré en la oscuridad del cuartucho, revolví el fondo de una desvencijada maleta en la que no quedaban más que ruinas de mi pasado, y saqué la pesada navaja. Apreté el resorte y la hoja brincó fuera de la empuñadura como un relámpago de plata, emitiendo un seco chasquido.

Por lo menos, serviría para impresionar a cualquier enemigo en un momento dado.

Hice desaparecer la mortal hoja de acero, guardé el arma en el bolsillo y me alejé de aquellos parajes pensando solamente en Ruth.

Aunque, en el fondo de mi mente, seguía latente el temor por lo que pudiera suceder con los perseguidores, con Perry... y con Zabala.

Demasiada gente interesada por mis andanzas.

CAPÍTULO IX

La primera persona con quien tropecé en la entrada del hotel fue el capitán Ortiz. Estaba acompañado de otro hombre mayor que él, bajito y de aspecto insignificante. Solo en la firmeza de sus rasgos y en la inteligencia de sus ojos se delataba la falsedad de la primera impresión.

Ortiz dijo:

—Estábamos esperándole, Kidd. Mi compañero se llama Hernando. Es colombiano y está encantado con nuestro país...

—Déjese de rodeos, capitán. No me sobra el tiempo.

—Si a mí me esperase una personita tan linda como la señorita Wayne, le aseguro que ningún pobre capitán de policía podría detenerme, mi amigo... Pero es preciso que le haga un par de preguntas.

—Bueno, apresúrese.

—Cuando usted habló con su otra linda amiga, la señora Perry, ¿le mencionó ella un posible viaje a otros países de América? A Colombia, por ejemplo.

—En absoluto.

—¿Está seguro?

—Sin la menor duda.

—Bien... ¿le recuerda algo el nombre de Milo Ragoni?

—¿No es uno de los testaferros del Sindicato, en mi país?

—Tiene buena memoria. En efecto. Reside en Los Ángeles.

—¿Y qué demonios tiene que ver conmigo?

—Afortunadamente para usted, nada. Pero era un íntimo amigo de Lilian Perry. Y ha desaparecido de Los Ángeles hace algún tiempo. Nadie tiene la menor idea de su actual paradero.

—Sigo sin comprender qué puede importarme eso a mí. Nunca me he relacionado con esa clase de asesinos... ¿O sospechan que fue él quien mató a Lil?

—Yo no he dicho nada de eso. No quiero robarle más tiempo, Kidd. Que pase una buena velada.

El acompañante del capitán no había despegado los labios, pero sus ojos tampoco se habían apartado de mí ni un segundo. Me produjo escalofríos la fijeza persistente de su mirada.

—¿También su compañero es un defensor de la ley, capitán? —le espeté antes de separarme de él.

—Algo así. Agente del Gobierno colombiano, ¿sabe usted?

Los dejé allí, mandándolos mentalmente al diablo.

Ruth apareció en el bar más adorable y sugestiva que nunca, enfundada en un modelo ajustado que moldeaba sus prietas formas con

elegante suavidad. Un gran escote dejaba al descubierto sus morenos hombros. En la mano sostenía una fina estola del mismo tejido que el vestido.

—Papá se queda en casa —declaró risueña.

—¡No me digas! ¿Es posible que te deje sola en manos del lobo feroz?

—Él sabe que soy una cazadora de lobos profesional. ¿Qué programa has organizado para esta noche?

—Lo dejaremos a la suerte. Deambularemos sin rumbo, entraremos en todos los antros que nos salgan al paso y...

—¡Oh, basta! No trates de asustarme antes de salir. Pero quiero bailar, Johnny. Ese lugar en que estuvimos anoche me parece ideal, ¿cómo se llamaba?

—«Tropicana».

—Eso es. Iremos allá después de cenar.

Estuve tentado de negarme con cualquier pretexto, pero pensé en la entrevista con Zabala y callé. Era mejor enfrentar los hechos de cara y terminar con el mejicano a cualquier precio.

Tomamos un par de *martinis* antes de abandonar el bar. Y al salir al vestíbulo casi tropezamos con el botones que había estado esperándome junto a mí choza por encargo de Lil.

El muchacho pegó un respingo, miró a Ruth disimuladamente y luego murmuró:

—Si me permite un instante, señor...

Me disculpé con la muchacha y seguí al botones hasta un rincón.

—¿Qué ocurre? —indagué.

—¿Vio usted a la señora Perry, señor?

—La vi. ¿También a ti te achuchó la policía?

—¡Madre mía, y de qué manera! Pero apenas si les dije nada, señor...

—Está bien, supongo que lo que quieres es esto, ¿no?

Deslicé un par de dólares en su mano. Calculé que apenas si me quedarían suficientes para la cena, pero Zabala pagaría el gasto, a despecho de cómo acabase nuestro pacto.

El botones se embolsó el dinero y comentó:

—Fue terrible lo de la señora... No sabe usted cómo se puso cuando le conté mi encuentro con usted.

—Ya lo imagino.

—Pensé que no me gustaría estar en el lugar de usted cuando fue a verle. Iba tan furiosa...

—¡Eh, un momento! ¿Qué es eso de que ella vino a verme?

—Por lo menos eso dijo, señor.

—¿Aquella noche?

—Seguro.

—¿Tú la viste salir?

—Bueno, no... pero sí la vi cuando regresó, mucho más tarde.

—De manera que salió del hotel, y antes te dijo que iría a verme.

—Exactamente. Y me hizo explicar con detalle la situación de su... este... de su vivienda, señor.

—Bueno, pues debió cambiar de idea después de salir del hotel, porque allí no llegó. ¿Eso es cuanto querías decirme?

—Sí, señor. Quería que supiera que no hablé a la policía de eso. Esa gente siempre piensan lo peor.

—Buen muchacho.

Desconcertado, volví junto a Ruth y ambos nos dirigimos adonde tenía el coche. Ella indagó cuando estuvimos en marcha:

—¿Ocurre algo, Johnny? Pareces preocupado.

—No es nada que deba inquietarte. Solo se trata de una cosa que no comprendo. Pero no hablemos de ello, sino de ti.

—¿Qué deseas saber de mí?

—Bueno, si tienes algún amor esperando tu regreso y cosas así.

—Eso suena a cursi que asusta, pero no hay ningún amor en ninguna parte.

—Ajá; puedo tener esperanzas en ese caso. Y me da en la nariz que eres un buen partido.

Se echó a reír.

—En todo caso, el buen partido lo será papá, no yo.

—Pero no voy a casarme con él, nena, sino contigo.

—¿Es una nueva clase de declaración formal, Johnny? Detuve el coche y la miré recto a los ojos.

—No, Ruth —murmuré—. No puedo hacer declaraciones de esta clase todavía.

—¿Por qué?

—Tú no sabes nada de mí, ni la clase de tipo que soy, ni la vida que he llevado hasta ahora...

—Si una chica se enamora no creo que eso le importe mucho. En todo caso, pertenecería a tu pasado, ¿no es cierto?

—¿De veras piensas así?

—Seguro, Johnny.

—Si supieras que fui expulsado del colegio de abogados... que me repudiaron...

—Lo sé ya.

Pegué un brinco en el asiento.

—¿Lo sabes? No comprendo cómo...

—Esta tarde... El capitán Ortiz ha hablado conmigo. Me ha contado tu historia...

—¡Maldita sea su estampa!

—No he variado de opinión después de saberlo. Eso debe ser

suficiente para que no le guardes rencor al capitán.

—Pero... ¿por qué venir a contarte todo eso?

—No ha venido exclusivamente a contarme eso. Me ha hecho algunas preguntas sobre ti y nuestra relación, después se ha interesado por otros huéspedes del hotel y... ha terminado poniéndome en guardia contra un aventurero vagabundo llamado Johnny Kidd. Te aseguro que ha estado muy galante.

—Ojalá se hubiera roto las dos piernas con su galantería. ¿Te ha contado también lo de Lil?

—Sí.

—¿Y...?

—Creo que resultó una lección muy amarga para ti, eso es todo. Papá piensa que si regresaras a Los Ángeles y lucharas por tu reivindicación podrías conseguirla. Ha pasado tiempo, y podrías aportar más pruebas de la perfidia de esa mujer...

No supe qué decir. En realidad, estaba inmerso en una suerte de aturdimiento que me debatía entre la amargura y la esperanza.

—¿Seguimos ahora, Johnny? —susurró.

Manejé la puesta en marcha como un autómatas.

Pero antes de arrancar me volví completamente hacia ella y le rodeé los hombros con mi brazo.

—¿Te ha dicho también ese bocazas que no tengo un centavo?

—Sí...

—¿Y qué?

Me sonrió por toda respuesta.

Bueno, un hombre puede llegar hasta un límite sin estallar, sobre todo con una especie de ángel como el que temblaba entre mis brazos.

Así que incliné la cabeza sobre ella y su sonrisa se ahogó en mis labios cuando la besé.

Por mi parte, la noche hubiera podido limitarse a aquel beso interminable y a permanecer en el coche hasta el amanecer. Pero me vi forzado a respirar y separé mis labios de los suyos, y todo pareció cambiar y la noche se hizo más clara en la oscuridad del auto.

—Y ahora —susurró, desprendiéndose de mis brazos—, llévame a bailar, Johnny.

—Si luego despierto y todo eso no ha sido más que un sueño, me pego un tiro, amor mío.

Se rio. Puse el coche en marcha y manejé rumbo al «Tropicana».

Solo cuando aparqué en el lugar reservado por el cabaret descubrí el coche que maniobraba lentamente a la entrada del estacionamiento. El hombre que lo conducía cometió el error de pasar despacio por debajo del foco, que esparcía luz suficiente para todo aquel gran patio, y pude verle la cara.

Era Wheeler, mi persistente espía.

No lo mencioné a Ruth para no estropear lo que prometía ser la noche más feliz de mi vida, de manera que entramos al salón cuando el ambiente comenzaba a caldearse.

Buscamos una mesa en un rincón, llamé al camarero y le pregunté discretamente si conocía al señor Zabala. Con voz de complicidad parecida a la mía murmuró:

—¡Cómo no, señor!

—Magnífico. Entonces traiga una botella de champaña con mucho hielo.

Salió de estampida. Pensé en la mueca del mejicano cuando tuviera que pagar una botella de champaña en un lugar como el «Tropicana».

Habíamos bailado la primera pieza y nos entreteníamos saboreando la primera copa del espumoso, cuando el camarero se acercó, inclinándose ceremoniosamente.

—¿Quiere acompañarme, señor? Le llaman al teléfono, abajo. Cabina número tres.

—Gracias.

Supuse que sería Zabala, fijando una de sus misteriosas citas. Me disculpé con Ruth, la besé rápidamente en la punta de la nariz y eché a andar detrás del mozo, que me guio hasta una puerta disimulada con cortinas.

—Al final de las escaleras, señor; cabina tres.

Le di la propina que estaba esperando y descendí los dos tramos de escaleras. Había una especie de sala de espera amueblada con tres butacas y un diván, alrededor de una mesita enana. Y las tres cabinas telefónicas, vacías.

Me acerqué a la número tres. Tuve la primera intuición de que algo no iba bien cuando descubrí el auricular colocado correctamente en su soporte. Para mayor seguridad, lo descolgué y escuché. El inconfundible sonido del tono indicando que la línea estaba libre acabó con mis dudas.

En realidad, en aquel instante sucedieron muchas más cosas a la vez, cuando el mundo pareció desplomarse sobre mi nuca con un impacto demoledor.

Noté la súbita oleada de dolor, el estallido dentro de mi cabeza y la llamarada delante de mis ojos, una llamarada que se descompuso en millares de pequeñas llamas girando vertiginosamente...

Y tan súbitamente como todo había estallado se apagó. No hubo más llamarada, ni más dolor ni nada que no fuera la oscuridad de la muerte, envolviéndome como en una mortaja.

CAPÍTULO X

Un chorro de agua helada cayó sobre mi cabeza, llenándome la boca, ahogándome y haciendo que volviese a la vida entre náuseas y gemidos.

Alguien arrojó otro cubo de agua sobre mi cara, lo que acabó de arrancarme del paraíso de inconsciencia en que había estado sumido.

La voz de Zabala gruñó:

—Ya es suficiente, Julio...

Con tremenda dificultad, logré fijar la mirada sobre el mejicano. Estaba sentado sobre un cajón vacío. A un lado, otro individuo que no había visto nunca sostenía en la mano el cubo recién vaciado. Era un tipo delgado y pálido, con cara de mala salud.

Al mirar a mí alrededor, desde mi postura en el suelo, me percaté de que estaba en un sótano con paredes de cemento, sin ventilación, en el que solo había el hueco de la puerta, tan sólida como los muros.

Zabala añadió:

—Te advertí, Kidd. No debiste meter las narices antes de tiempo. Por poco no lo has echado todo a perder.

—¡Maldito bastardo! ¿Dónde está la muchacha?

—Amarrada y tan segura como tú mismo. Has desperdiciado una ocasión única de forrarte de dinero, estúpido. Yo contaba contigo para manejar al padre, por eso te dije que te ganases su confianza.

—Ahora comprendo —murmuré amargamente—. Un secuestro... Esa es la gran idea.

—Exactamente. Si tú hubieses colaborado lealmente hasta el final todo hubiera sido más fácil. Ella habría caído sin escándalo, tú habrías podido controlar las reacciones del viejo, aconsejándole pagar sin dar cuenta a la policía, pintándole lo que le sucedería a su hija en caso de negarse... Has sido un estúpido.

—Escúchame bien, Zabala —le advertí rechinando los dientes de furia—. Te mataré con mis propias manos si tocas un solo cabello de esa muchacha.

—Es muy linda, ¿no es cierto? —rio burlonamente—. No estás en condiciones de hacer nada. Tú mismo me has obligado a cambiar de planes, pero siempre tengo grandes ideas. Si me veo forzado a deshacerme de la chica, haré lo mismo contigo, pero de manera que todo el mundo crea que eras tú quien la había raptado, aunque ella te haya matado por accidente, muriendo en tus manos en el último instante. Todo un drama que hará llorar a lágrima viva a todas las solteronas que devoran esos reportajes...

Salté para ponerme en pie, pero mis piernas me fallaron. Todo comenzó a dar vueltas a mí alrededor y trastabillé como un borracho. Zabala siguió riéndose como una hiena, alargó el brazo y me empujó despectivamente.

Aterricé en el suelo. No pude contener una sarta de maldiciones, pero había aprendido la lección, así que me mantuve quieto para recuperar las fuerzas cuanto antes.

—¿Dónde la tienes? —gruñí.

—En otro cuartucho semejante a este. De momento está bien. Es una chica juiciosa que ha accedido a escribir una carta a su papaíto pidiéndole quinientos mil dólares, además de completo silencio.

—Debes estar loco. ¿De veras crees que el viejo podrá sacar semejante suma de nuestro país?

—Seguro. Antes de embarcarme en este asunto lo estudié a fondo. Casi tiene ese dinero en distintos Bancos de México. Tú ignoras que antes de vender sus negocios poseía también plantas de fabricación cerca de la capital.

Mis esperanzas se derrumbaron. Solo para demostrarme lo listo que era, añadió, retrocediendo hacia la puerta:

—Un recepcionista del Hotel La Hacienda trabaja para mí. Me informa de los huéspedes más vulnerables. No creas que es la primera vez que empleo ese truco, aunque nunca con tanto dinero en juego. Bien, tómallo con calma. Es inútil que intentes escapar de aquí. Esto está bajo tierra.

Abrió la puerta y salió, seguido de su mudo ayudante.

Me desesperé ante la impotencia de mi situación. La sola idea de que Ruth estaba en poder de aquel engendro del infierno me ponía enfermo, y mis mayores esfuerzos se dirigían a alejar mis temores en torno a lo que podía hacerle a la muchacha, en un vano esfuerzo por concentrarme en busca de la manera de escapar.

Pasaron más de dos horas sin que sucediera nada. Ni el menor sonido llegaba hasta aquella profundidad. Traté de consolarme pensando que el viejo pagaría si podía disponer de aquella fortuna en metálico... Luego, caí en la cuenta de que el bastardo de Zabala no podría soltarnos aunque se embolsase el dinero, porque tanto Ruth como yo podríamos delatarlo, de manera que solo le quedaba una solución: matarnos a los dos.

Creo que enloquecí momentáneamente al pensar en Ruth. Me precipité a la puerta y golpeé salvajemente la gruesa madera con los puños desnudos. Todo lo que conseguí fue despellejármelos, por lo que me dejé caer al suelo dominado por una furia tan impotente como salvaje.

Entonces a través de la gruesa madera de la puerta, escuché un golpe en alguna parte, como de una puerta al cerrarse. Después sonaron

voces apagadas por la distancia y, finalmente, pasos descendiendo una escalera de madera.

Retrocedí, dispuesto a luchar antes de dejarme matar como un cordero. Por lo menos, tendría la oportunidad de hacerle todo el daño posible a aquella bestia con forma humana.

Y de repente, como un trueno, hubo un estampido casi al otro lado de la puerta, un disparo de un arma de gran calibre. Algo blando chocó contra la madera con un ruido sordo que se unió al eco del disparo.

De nuevo cobré esperanzas. Imaginé que la policía nos había encontrado, que Ruth estaba a salvo...

La puerta se abrió con un chirrido, violentamente. Un cuerpo rodó falto de apoyo, y quedó tendido de cara al techo. Reconocí al silencioso ayudante de Zabala.

Pero quien estaba en el umbral, plantado allí con las piernas abiertas en compás, empuñando una potente automática y escudriñando el interior del sótano, era Wheeler, el huésped del hotel que había estado siguiéndome como mi propia sombra.

—Dese prisa, Kidd —farfulló—. Le sacaré de aquí.

—Hay una muchacha en otro sótano...

—¡Vamos, salga, rápido!

Avancé hacia él, deseando darle las gracias. Pero el negro cañón de la pistola permaneció fijo en mi estómago, y en los ojos del hombre asomó una mirada glacial, peligrosa como la de una serpiente.

—No trate de irse por su cuenta, Kidd, o le abriré un boquete en las tripas. Usted vendrá conmigo, pero sin tonterías de ninguna clase.

—¿Qué demonios significa esto?

—Cierre el pico y empiece a subir las escaleras.

Retrocedí un paso, apartándose. Yo insistí antes de obedecer.

—¡Debemos librar a la muchacha, Wheeler! Déjeme abrirle la puerta y le prometo que iré con usted adonde quiera.

—Vendrá de todas maneras. No puedo cargar con una muchacha también.

Avancé resueltamente hacia él.

—¡Maldito sea, Wheeler! Le...

Volteó el brazo armado y el cañón de la pistola se estrelló en mi mejilla con un lacerante ramalazo de dolor, como el producido por un hierro al rojo.

—Esto le demostrará que no bromeo.

Me empujó escaleras arriba. Por dos veces intenté sorprenderle, impulsado por mis ansias de librar a Ruth, pero en ambas fracasé debido a la mortífera automática que empuñaba y que utilizaba como maza.

Me obligó a conducir su coche, un auto alquilado por lo que pude ver. Aturdido, sintiéndome tan vacío como una lata de cerveza gastada,

apenas si advertí el rumbo que seguimos hasta que me ordenó detener la marcha al borde de un grupo de árboles entre los que brillaba una luz.

Era una casa nueva, en las afueras. Al entrar noté la carencia de esos detalles personales que delatan la mano de quien cuida de una decoración, o simplemente del adorno de un hogar, lo cual me hizo pensar que era alquilada con muebles y equipo completo.

El tipo que me había capturado me derribó sobre una silla de un golpe con la automática.

—Ya lo tenemos aquí, patrón —anunció.

De un diván cuyo respaldo estaba vuelto hacia mí se levantó un tipo delgado y elástico, fuerte y de complexión salvaje. Su cara me resultó conocida, aunque tardé unos minutos en identificarlo.

Milo Ragoni, uno de los matarifes del siniestro Sindicato, recientemente ascendido a cabeza visible de la organización en Los Ángeles. ¿Qué demonios estaba haciendo allí?

—¿Has encontrado dificultades?

Tenía una voz destemplada, chillona.

—He tenido que balear a un tipo. En el último momento ha intentado sacar un pequeño revólver de no sé dónde... uno de esos juguetes de señora. ¡El muy imbécil...!

—¿Y con ese?

—Bueno, Kidd estaba emperrado en liberar a la chica que iba con él. También estaba encerrada por lo visto, pero no podía traerla a ella también.

Se echó a reír. Ragoni gruñó:

—¿Por qué les han capturado, Kidd?

—No lo sé.

—¿Un rapto? Nadie daría un centavo por usted... Tal vez por la chica, ¿eh? Eso debe de ser... En fin; no importa. ¿Sabe lo que le espera, picapleitos?

—Eso pasó a la historia. En cuanto a su pregunta, imagino que no me soltará fácilmente, aunque maldito si sé a qué viene todo esto.

—Yo le refrescaré la memoria. Mejor dicho, Wheeler se encargará de eso. Yo haré las preguntas.

—Está loco.

No hizo el menor caso a mí comentario y empezó con lo suyo.

—Lil Perry se entrevistó con usted. ¿No es cierto, Kidd?

—Si. Por lo visto eso es del dominio público.

—Y ambos hicieron un trato.

—¿De qué está hablando ahora?

—No empiece a portarse como un tonto. Díselo tú, Wheeler.

Traté de volver la cabeza. No fui lo bastante rápido y recibí el golpe detrás de la oreja. Creo que chillé de dolor cuando caí de rodillas, con

las paredes girando a mí alrededor.

—Eso es —cacareó Milo Ragoni—. Ahora podemos seguir adelante. Usted y esa zorra hicieron un trato. Ella le dio algo para guardarlo en lugar seguro. ¿No fue así?

Sacudí la cabeza de un lado a otro.

—Solo vi a Lil en el bar del hotel —balbucí—. Una sola vez. No me dio nada.

—¿Quiere que Wheeler siga rompiéndole el cráneo? Conozco todo el plan que ella había elaborado en principio... y en el cual me correspondía un millón. Después, y por su propia cuenta, preparó lo necesario para dejarme al margen y quedarse con todo. Usted, según la primera idea, debía acabar con un buen trago de veneno. Ese era el truco.

—Está hablando en chino para mí...

—¿Wheeler?

Esta vez casi pude esquivar el mazazo. Casi solamente, porque el cañón de la pistola solo consiguió golpearme en la clavícula, pero fue como si una corriente de alto voltaje se extendiera por mi brazo.

—¿Quiere hablar ahora, Kidd, antes de que le haga más daño?

—¡No sé una maldita palabra de todo esto! —grité, levantándome a duras penas—. Si el plan era matarme, supongo que Lil pensaba hacerlo cuando yo acudiera a su habitación. Pero alguien se adelantó y la liquidó primero.

—Seguro. Fue usted, compañero.

—Tonterías. Ni la policía cree en mi culpabilidad.

—Porque ignoran el motivo. Y yo lo sé, Kidd; un asunto que representa alrededor de dos millones de dólares. Liquidó a esa zorra para quedarse con todo, aunque tal vez le impulsó a hacerlo su rencor por lo que ella le hiciera hace un par de años. Seguro que fue así, ¿no es cierto, desgraciado? Por eso la machacó tan salvajemente... Solo un odio incubado durante años pudo impulsar la mano que hizo aquella carnicería.

—Que yo recuerde, los periódicos no publicaron ninguna foto del estado del cadáver, y usted está muy bien enterado... ¿No será porque fue usted quien la mató?

Apretó las mandíbulas y una mirada asesina centelleó en sus ojos.

—Si lo quiere así —refunfuñó—. Wheeler se encargará de darle gusto.

El aludido avanzó con la pistola por delante. Retrocedí, con la mente girando locamente en busca de una escapatoria. Tropecé con el respaldo de una silla y estuve a punto de caer. Solo pude evitarlo al apoyarme de costado contra un canto de la mesa.

Sentí un dolor agudo en la cadera, allí donde había golpeado. Pero el dolor no me lo había producido la mesa, ni el golpe en sí...

Las ruedecillas de mi cerebro recibieron una inyección de esperanza. Y giraron como un mecanismo bien engrasado.

Wheeler estaba casi sobre mí con su arma levantada.

—¡Basta! —chillé—. ¡No me golpeen más!

—De usted depende —gruñó Ragoni.

—Hablaré —dije con voz ronca—. Pero quiero una garantía de que me dejarán en paz después.

—¿Para qué vamos a machacarle si conseguimos el botín? Le dejaremos aquí, amarrado, mientras vamos a comprobar si es cierto lo que nos diga. Si lo es, ya no volveremos y mañana la mujer de la limpieza le desatará. No podrá causarnos molestias porque ya estaremos fuera del país, así que adelante, muchacho.

Aspiré profundamente.

—Es cierto que yo decidí vengarme de Lil... pero no hice el trabajo personalmente. Tengo un socio en este negocio, un mejicano.

—Siga. ¿Cómo se llama?

—Zabala. El paquete está escondido en su casa, repartido en el relleno de los colchones.

Los dos se miraron, esperanzados. Metí la mano en el bolsillo, pero la pistola se elevó como una centella hasta quedar apuntada a mí pecho.

—Cuidado, Kidd —advirtió Ragoni.

Mis dedos rozaron el bulto del bolsillo, pero lo único que saqué fue la tarjeta de Zabala.

—Esta es la dirección de mi socio —dije.

Ragoni se apoderó de la tarjeta, le echó un vistazo y una expresión radiante asomó a su cara.

—Está bien —dijo—. Atalo a una silla, Wheeler. Y haz un buen trabajo para que no se largue si nos ha tomado el pelo.

—Es la verdad desnuda —afirmé con vehemencia—. Prefiero conservar el pellejo que hacerme con esa fortuna. Zabala guarda el botín.

—¿Está armado?

—Seguro.

—Bueno.

Wheeler trajo una cuerda y me amarró a la silla convirtiéndome en una especie de momia envuelta en cáñamo.

Después de asegurarse de que quedaba inmovilizado, ambos salieron de la casa tras dejarme a oscuras.

Tan pronto escuché el ronquido del motor alejándose a toda velocidad me puse a trabajar frenéticamente. El envoltorio de cuerdas era imposible de soltar, pero mis manos estaban amarradas a lo largo de mi cuerpo, de manera que podía moverlas de la muñeca para abajo.

Me costó un trabajo de contorsionista introducir la derecha en el bolsillo, pero cuando mis dedos se cerraron en torno a la empuñadura

del cuchillo casi sentí deseos de llorar de alegría.

Sacarla sin que el arma se escapase de entre los dedos resultó más complicado, pero al fin la tuve fuera. Apreté el resorte y la hoja saltó fuera de la empuñadura.

De todas formas tardé casi diez minutos en poder librarme por completo del laberinto de nudos que Wheeler había tramado en torno a mí.

Creo que la desesperación puso alas a mis pies cuando salí corriendo, dominando la debilidad de mis piernas, tropezando en la oscuridad, cayendo de bruces más de una vez, con sangre en los codos, en el rostro...

Hasta que llegue a la carretera y el cielo se abrió ante mí en forma de automovilista complaciente.

Mi meta era el sótano del cabaret “Tropicana”.

Mi premio era Ruth.

CAPÍTULO XI

El cadáver del guardián continuaba tirado en el suelo. Las llaves pendían de la cerradura, donde Wheeler las dejara, y a un lado de la puerta, brillando como un pequeño juguete, estaba el revólver que había costado la vida al secuaz de Zabala.

Lo recogí por si surgía alguna otra dificultad. Tras esto me lancé en busca de Ruth, probando todas las puertas, todas las llaves y ahogando a duras penas mi creciente angustia ante lo inútil de la búsqueda.

Finalmente, desemboqué en un corto pasillo a cuyo final una recia puerta cerraba el paso.

Y allí estaba Ruth, con el vestido hecho girones y la cara macilenta. Pero viva y con suficientes fuerzas para correr a mis brazos tan pronto me vio.

Permanecemos abrazados una eternidad, besándonos entre sus lágrimas, sin hablar, dominados por el tumulto de emociones que al fin había roto el dique que las contenía.

Minutos más tarde la obligué a andar hacia las escaleras con tanta celeridad como pude sacarle a mis piernas agotadas.

—Tenemos que salir de aquí inmediatamente, querida —le dije, sin cesar de correr escaleras arriba—. Zabala puede aparecer en cualquier momento. A menos que estuviera en su casa... en cuyo caso solo aparecerá en un ataúd.

Ni siquiera replicó. Solo cuando estábamos en mi coche, que había quedado abandonado en el aparcamiento, rompió a llorar presa de un ataque de histerismo. La dejé que se agotara y así llegamos al hotel, en cuyo vestíbulo el capitán Ortiz hablaba nerviosamente con otros dos hombres.

Todos ellos pegaron un respingo cuando nos vieron entrar. De una butaca del fondo, pálido como un muerto, se levantó el padre de Ruth. Casi me asustó el cambio experimentado por aquel hombre en pocas horas.

Abrazó a su hija desesperadamente, con las lágrimas corriendo por su rostro lleno de arrugas. Ortiz, contra su costumbre, se había quedado mudo de estupor y no despegó los labios en un buen rato, paseando su mirada de Ruth a mí y viceversa, una y otra vez.

Hasta que uno de sus acompañantes murmuró:

—Creo que debería contarnos lo sucedido... Usted es Johnny Kidd, ¿no es cierto?

Asentí con un gesto.

—Antes llamen a un médico. Esta muchacha necesita un sedante

para dormir veinticuatro horas seguidas. Ha pasado un trago muy amargo...

El segundo satélite de Ortiz fue quien se encargó de eso. Después, también él fue quien ayudó al padre a llevar a la joven a su habitación.

El capitán pareció salir de su estupor justo en aquel momento.

—Este es el comisario Martínez, Kidd. ¿Cree que está usted en condiciones de hacernos una exposición de lo sucedido?

—Seguro. Todo lo que necesito es un trago. Vamos al bar...

—¡Diablos, el bar! Son las cuatro y media de la madrugada. No hay nadie allí. Está cerrado.

—Alguien tendrá que abrirlo.

Eché a andar. Los dos me siguieron al trote, y tras ellos vino el recepcionista para usurpar las funciones del *barman*.

Nos sirvió generosamente a juzgar por las cantidades de *whisky* que vertió en cada vaso. Después, dejó la botella sobre la barra y se largó.

Engullí una buena cantidad de *whisky*, saboreé un cigarrillo y me dejé caer en una butaca, sintiéndome materialmente hecho polvo.

Ortiz comentó:

—Tiene usted un aspecto fatal, Kidd. Creo que el médico deberá darle un vistazo cuando termine con la muchacha.

—No necesito ningún matasanos. Esa es la medicina que estaba deseando... ¿Recibió el viejo la carta pidiendo el dinero?

—Medio millón, ni más ni menos.

—Zabala estaba impaciente y asustado... eso le ha hecho precipitarse. Pero yo no pensaba que el viejo se atreviera a llamarlos a ustedes.

—No perdió ni un minuto, entre otras razones porque sabía que no podría reunir esa fortuna en el tiempo que le exigían... También comprendió que aunque pagase, su hija sería asesinada para que no pudiera delatar a sus raptos. Y ahora le toca a usted, Kidd.

Hice un relato completo de todo lo sucedido. Aunque no mencioné mi trato con Zabala, creo que Ortiz lo sospechó desde mis primeras palabras, pero si fue así guardó para él esas ideas.

Solo al terminar gruñó:

—De manera que el gran Milo Ragoni está aquí... Mal asunto. ¿Recuerda usted la dirección de ese Zabala?

—Seguro. Es la única casa que hay al final de una calle llamada Los Tilos, en las afueras.

El comisario asintió con un gesto.

—Sé dónde está —manifestó—. Aunque de todas maneras vamos a llegar tarde si Ragoni ha encontrado a Zabala en casa.

—Si ha sido así —dije—, no seré yo quien lo lamente.

El capitán me miró con el ceño fruncido. Luego se encaró con el comisario.

—Llame por teléfono a Jefatura —decidió—. Que salga una patrulla armada en un coche y que pasen a recogernos. Iremos a dar un vistazo a casa de Zabala.

El comisario salió disparado a cumplir la orden. Mientras Ortiz reflexionaba, muy preocupado, preparé dos vasos más y bebimos en silencio. Después encendimos otros cigarrillos y al fin el policía emitió un suspiro de impaciencia y comentó:

—Ha demostrado usted una entereza asombrosa, Kidd. Esa jugarreta de enfrentar a esos pistoleros entre sí es genial.

—Le aseguro que tenía tanto miedo que forzosamente debía hallar una escapatoria. Esa fue la única idea que se me ocurrió, al pensar que tenía un cuchillo en mi bolsillo con el cual librarme de las ligaduras con que me habían amarrado.

—Mientras esperamos a los agentes, cuénteme otra vez todo lo que dijo Ragoni.

—Pero, capitán, estoy rendido, cayéndome de sueño. Acabo de contárselo y...

—Una vez más y terminamos. Hay algo que me desconcierta en todo esto y tal vez ahora capte algún detalle que me haya pasado inadvertido hasta el momento.

Cansadamente, repetí la escena que se había desarrollado en la casa de Ragoni, detallando lo que pude recordar de la conversación sostenida con él y con su matón. A pesar de hallarme al borde de la extenuación, creo que hice un relato mucho más fiel de lo que cabía esperar.

Ortiz refunfuñó, cuando callé, y mientras me apoderaba de otro trago a cuenta del hotel:

—No tiene el menor sentido.

—¿A qué demonios se refiere ahora?

—Según se desprende de lo dicho por Ragoni, él no mató a Lilian Perry, por lo que Wheeler también queda descartado... No tenían por qué mentir en semejantes circunstancias. Además, es indudable que su manera de actuar con usted hubiera sido muy distinta de haber sido ellos quienes machacaron la cabeza a aquella mujer, aparte de que, en este caso, le hubieran arrancado a ella el secreto de lo que buscan, en lugar de perder el tiempo con usted.

—Está bien —mascullé, aburrido—, ellos no la mataron y yo tampoco hice el trabajo, así que está usted igual que al principio. Sigue faltándole un asesino. ¿Hemos terminado por esta noche?

—¿Terminado? Suponía que usted deseaba acompañarnos en nuestra expedición a casa de Zabala...

—¡Lo único que deseo es acostarme de una maldita vez! Estoy molido, capitán.

—Tómese otro trago y verá las cosas con más optimismo. De todas

formas, usted vendrá con nosotros, de manera que aprovéchese de la botella mientras estamos aquí.

—Es usted un condenado sádico...

Pero volví a llenarme el vaso y por lo menos eso me llevé por delante.

Ortiz consultó su reloj con impaciencia. Luego rezongó:

—Si empleamos el sistema de eliminación de sospechosos, nos damos de narices contra un muro de ladrillo. Ni Ragoni ni su matón a sueldo eliminaron a Lilian Perry. Usted tampoco fue el autor del crimen...

Nos queda el marido, naturalmente, pero este estaba en Los Ángeles en el momento de ser asesinada su mujer. Y ya no nos quedan más sospechosos. ¿Qué le parece?

—¿Es seguro que Butch Perry estaba en Los Ángeles?

—Sin la menor duda. Lo hemos comprobado.

—Bueno, al diablo con eso. Hay otras cosas incomprensibles en este embrollo, pero todo ello es asunto de usted, capitán. Estoy demasiado cansado para pensar.

—¿A qué cosas se refiere?

—¡Maldita sea! —estallé—. ¡Son las cinco de la mañana, capitán!

—Olvídese de la hora.

—¡Oh, está bien! Usted y sus métodos policíacos... ¿Recuerda lo que le he contado de Ragoni? Él ha dicho que el plan era envenenarme a mí. Lil debía engatusarme y hacerme tragar una dosis de veneno. ¿Por qué veneno precisamente, y por qué elegirme a mí? Si tenía algún buen motivo para liquidarme podían haberlo hecho con un centenar de procedimientos más efectivos.

—Cierto. ¿Qué más se le ocurre?

—Muchas otras cosas... Por ejemplo: ese botín fabuloso, casi dos millones de dólares. ¿Qué opina usted que es, drogas?

—Lo dudo; más bien creo que es...

Se interrumpió cuando entró el comisario, con las mismas prisas que antes.

—Tenemos dos coches preparados, capitán. Hay cuatro agentes armados dispuestos a entrar en acción.

Ortiz saltó fuera del taburete, ordenándose con voz que no admitía réplica:

—Andando, Kidd; va usted a acompañarnos.

Me arrastré tras ellos hasta la salida. Los dos coches se pusieron en marcha a toda velocidad y yo cerré los ojos, deseando dormir un mes seguido.

El comisario, sentado al lado del policía que conducía, volvió la cabeza y preguntó, un tanto preocupado:

—¿Cree usted que tendremos que disparar contra esa gente,

capitán?

A mi lado, Ortiz emitió un gruñido de disgusto.

—Mucho lo temo —masculló—, si encontramos a esos hombres allí todavía. Son pistoleros profesionales y no se entregarán sin lucha. ¿Le preocupa a usted esa posibilidad acaso?

—Solo en lo relativo a las repercusiones que pueda tener. Son extranjeros, ¿comprende?

—Olvídese de eso, comisario. Para mí solo son pistoleros. Después de todo, el Sindicato hará lo que se le antoje en Estados Unidos, pero en Méjico podemos darles lecciones con las armas en la mano.

Detrás nuestro, los faros del otro coche en el que viajaban los agentes armados nos seguían igual que unidos a nosotros por una invisible maroma, siempre a la misma distancia.

Me desentendí de ellos, de su parloteo y me dejé arrullar por el susurro del poderoso motor, de manera que me estaba dulcemente amodorrando cuando el auto se detuvo con una leve sacudida y alguien me zarandeó sin contemplaciones.

—Abajo, Kidd, hemos llegado —advirtió Ortiz—. El resto del camino lo haremos a pie...

Bueno, guardé para mí las maldiciones y abandoné el coche. Después de todo, igual daba morir de sueño y cansancio que de un tiro.

Eché a andar al lado del capitán, sintiendo mis piernas flojas y vacilantes. No supe si era de agotamiento o a causa del *whisky* consumido gratuitamente en el hotel...

CAPÍTULO XII

La blanca casita estaba silenciosa como una tumba cuando nos detuvimos junto a la verja del jardín. No obstante, había luz en una ventana y un coche estacionado a poca distancia.

Ortiz, con voz que apenas si era un susurro, preguntó:

—¿Sabe si ese auto es el de Ragoni?

—No tengo la menor idea.

—¿Tenía coche Zabala?

—Supongo que sí... hay un garaje detrás de la casa.

—Bien, no importa.

Me dejó solo mientras fue a dar unas órdenes a sus hombres. Observé cómo los policías, con sus rifles automáticos, se desperdigaban a ambos lados de la valla, rodeando la casa.

Había caído un silencio mortal por todo aquel paraje, como si hasta la naturaleza se hubiese dado cuenta de lo que estaba preparándose. Las sombras se me antojaron más espesas, y los montones de escombros y tierra removida de las casas en construcción me hicieron pensar en tumbas abiertas, esperando engullir a sus silenciosos inquilinos...

Ortiz se materializó a mí lado como una sombra más.

—Vamos a entrar. Si tratan de escapar por detrás, mis hombres los detendrán.

—Y si salen por delante nos convertirán en un colador. Lamento no haberme negado a acompañarles...

—No podía usted negarse. Y ahora cierre el pico y sígame sin exponerse inútilmente.

—Esa es una recomendación perfectamente inútil.

Me deslicé como un gato detrás del capitán. En su mano, la pálida luz de la luna arrancó pálidos reflejos a un enorme revólver pavonado.

Nos detuvimos detrás de un macizo de arbustos, casi frente a la ventana iluminada. A nuestra derecha, unos pies impacientes aplastaron una ramita y el leve chasquido se me antojó un estruendo.

Ortiz rezongó en voz baja:

—Vamos a enterarnos de si están ahí o no.

—¿Por qué no probamos la puerta? —sugerí—. Quizá pudiéramos colarnos al interior.

—Y quizá nos volasen la cabeza, ¿eh? No pienso exponer la vida ni la de mis hombres por una pareja de pistoleros de su país, Kidd... tan pronto esté la casa rodeada...

Como si quisieran complacerle, un corto y agudo silbido repercutió en el aire como un trallazo. Ortiz se enderezó tenso, y gritó con voz

potente:

—¡Ragoni! ¿Está usted ahí? Salga con las manos en alto. ¡La casa está rodeada!

Hubo un par de segundos de silencio. Luego, la luz de la ventana se apagó.

Yo dije entre dientes:

—No parece que vayan a hacerle caso, capitán...

—Veremos —masculló. Hizo bocina con las manos y repitió, impaciente—: ¡Por última vez, salgan con las manos en alto o atacaremos!

Tampoco obtuvo respuesta alguna. Poco a poco, se agazapó y le oí refunfuñar:

—Si lo quieren así... Usted, Kidd, no se mueva de aquí.

Sin esperar mi asentimiento, comenzó a deslizarse igual que un piel roja en pie de guerra y pronto le perdí de vista en la oscuridad. Silenciosamente, admiré su sereno valor y la pericia en moverse de semejante manera, un hombre tan corpulento como él.

Entonces, como un súbito trueno, estalló una ráfaga de disparos en la parte trasera de la casa. Alguien gritó y nuevos estampidos convirtieron el silencio de la noche en ruidosos añicos.

Permanecí tenso y quieto, horadando la oscuridad con tanta insistencia que los ojos llegaron a dolerme, fijos en la casa. No pude ver el menor rastro del capitán Ortiz, ni un rumor que me indicara su posición.

Después de la segunda ráfaga de balazos cayó otra vez el silencio, tenso y cargado de amenazas. Recordé que llevaba en el bolsillo el pequeño revólver que había pertenecido al secuaz de Zabala, pero con aquella especie de juguete poco podía intervenir en la batalla, de manera que no me moví. Una vez más, me dije que aquello era cosa de la policía, con que al diablo con ellos.

Un estrépito de cristales rotos me indicó que la violencia iba a desencadenarse también en aquella fachada del edificio. Alguien acababa de romper los cristales de la ventana que antes había estado iluminada. Instantáneamente, un revólver de gran calibre ladró su canto de muerte. Ortiz había empezado a dar señales de vida. Incluso pude distinguir la llamarada del disparo, peligrosamente cerca de la casa.

Desde el interior, por la ventana, otra arma entró en liza. Simultáneamente, en la parte posterior se reanudó el fuego. Calculé que eran dos solamente los defensores de la casa, de manera que no tenían una sola posibilidad. ¿Qué habría sido de Zabala?

La batalla se hizo general durante unos fugaces minutos. Luego, todas las armas callaron como obedeciendo una contraseña y la voz del capitán volvió a ordenar a los sitiados que se rindieran.

Pero tampoco esta vez consiguió que nadie le respondiera.

Cansado de mi inmovilidad, me arrastré hacia donde había visto llamear su revólver. Lo hice bastante bien, porque tuvo un sobresalto al verme surgir a su lado.

—¿Por qué no entramos, capitán? —le sugerí—. Esos tipos pueden tenernos aquí toda la noche...

—Si tuviera usted un arma podría vigilar esa ventana mientras yo...

—Tengo un revólver —y se lo mostré.

—¡Oh, eso! —gruñó despectivamente—. Pero quizá sea suficiente. Si alguien intenta salir por la ventana mándele un balazo de aviso. Yo intentaré entrar por la puerta. No son más que dos y uno de ellos está muy ocupado en la parte trasera... Sin embargo, tenga usted cuidado. Con ese juguete no puede enfrentarse a una «cuarenta y cinco».

Sin aguardar respuesta se apartó y unos segundos después su revólver le sirvió de ganzúa al volar la cerradura con dos disparos.

Debió abrir la puerta, de un puntapié, porque la oí golpear contra la pared.

Desde luego, no cabía duda que estaba jugándose la cabeza al entrar en la casa en semejantes condiciones.

En la otra parte, alguien gritó una seca orden. No debieron obedecerle, porque los potentes rifles automáticos de los policías soltaron otra ráfaga, corta y retumbante. Me pregunté qué demonios estaría haciendo el capitán allí dentro, que no daba señales de vida.

Entonces, como una piedra lanzada por una catapulta, un bulto oscuro brincó a través de la rota ventana y rodó sobre el césped, a menos de cinco pasos de donde me encontraba.

Empuñé precipitadamente mi pequeño revólver. Apenas si podía ver nada en la oscuridad y mis ojos estaban cansados de los esfuerzos que les había exigido hasta entonces; no obstante, pude seguir las cabriolas de aquel bulto mientras iba acercándose a mí, arrastrándose como un gusano.

—Está bien, compañero. Quieto ahí —ordené.

Se inmovilizó. Él no podía saber si le apuntaban con un juguete o con un antitanque...

Pero decidió comprobarlo.

Surgió una llamarada del negro bulto y algo zumbó alborotándome los cabellos. Para disparar guiándose solamente por mi voz el tipo lo había hecho estupendamente.

Bueno, yo no deseaba convertirme en héroe muerto. Un homenaje póstumo no me habría servido de nada. Así es que le di al gatillo del diminuto revólver dos o tres veces. Emitió unos chasquidos ridículos en comparación con los estampidos que habían resonado hasta entonces...

Pero fueron suficientes. El fulano que había estado a punto de

volarle la cabeza dejó escapar un grito agónico y, una vez más, volvió el silencio a enseñorearse del lugar.

Pero por poco tiempo. Dentro de la casa, la voz del capitán gritó:

—¡Sé que está ahí, entréguese!

Obtuvo un disparo como respuesta. Pero no debieron acertarle, porque nuevamente aulló:

—¡No tiene escape posible, entréguese de una vez, estúpido!

Apenas si había terminado de hablar cuando, en la parte de atrás, un rifle entró en acción estruendosamente. Luego, mientras todavía repercutía el eco de los disparos, una voz gritó:

—¡Ha caído, comisario... ya lo tenemos!

Pensé que debía acercarme al tipo que yo había tumbado, pero no sabía si vivía o no. Todavía le sería posible descerrajarme un plomo en la oscuridad, aunque solo fuera como despedida de este mundo. Pero algo había que hacer.

—¡Capitán! —grité.

Desde la ventana, Ortiz me respondió con voz tensa.

—¡Tengo a uno de ellos aquí, capitán! —le informé—. Le he acertado, pero...

—No se mueva, Kidd, hasta que encuentre la luz...

Instantes más tarde, la ventana volvió a iluminarse y su resplandor me permitió ver al hombre caído de bruces. Su mano derecha estaba a pocas pulgadas del revólver que había soltado al ser alcanzado por mis disparos.

En dos saltos estuve a su lado y me apoderé del arma. Ortiz saltó por la ventana y vino a reunirse conmigo.

—¿Quién es este? —gruñó.

Le di la vuelta con el pie. La cara de Ragoni quedó mirando al cielo con sus tres ojos muertos. Una bala había abierto un tercer agujero en su frente, como una ciega pupila negra y mortal.

—Ragoni —dije.

—Entonces, el que ha caído en la parte trasera debe ser Wheeler. Y Zabala está ahí dentro, muerto.

—¿Muerto?

—Seguro. Esos dos han estado sacudiéndole duro a juzgar por cómo tiene la cara y la cabeza... Pero no han querido dejarlo vivo. Wheeler debe haberle disparado un tiro cuando yo ya estaba dentro de la casa...

—Comprendo.

Comenzaron a resonar pasos y voces por todas partes. En lugar de cuatro o cinco hombres parecía que un regimiento estuviera moviéndose en plan de maniobras.

El comisario llegó corriendo. Aquel hombre siempre parecía tener prisa...

—El americano todavía vive, capitán —informó—; aunque no creo

que dure mucho. Tiene una bala de rifle en el pecho...

Ortiz no esperó más aclaraciones y siguió al comisario a toda velocidad. No me quedó más remedio que ir detrás de ellos.

Wheeler estaba tumbado de cara arriba, sostenido por uno de los policías. Sus ojos cerrados y la palidez de su rostro anunciaban que la muerte estaba apoderándose de él a paso de gigante...

Inclinándose sobre él, el capitán habló con tono apremiante.

—¿Puede usted oírme, Wheeler?

El moribundo abrió los párpados pero miró al capitán como si no lo viera.

Entonces intervine:

—Apenas si entiende el español... Déjeme a mí.

—Está bien, pregúntele qué sabe del botín...

—Eso es inútil. Ni él ni Ragoni conocían el paradero.

—La clase de mercancía —insistió Ortiz.

Hablé en inglés, despacio y con claridad para que Wheeler pudiera entenderme.

—¿Qué clase de botín era el que buscaban, Wheeler?

Tardó unos segundos en responder. Sin contemplaciones le espeté:

—Estás muriéndote tan seguro como es de noche ahora, así que no ganas nada con callar. ¿Hay otros cómplices en este negocio?

—Perry...

—¿Butch Perry?

—Si...

—¿Qué clase de botín, Wheeler?

—Esmeraldas...

Pegué un respingo y miré a Ortiz. Lo había entendido perfectamente, porque murmuró:

—Ya lo sospechábamos... Siga, Kidd, dese prisa.

—Wheeler —dije—, ¿por qué tenían que envenenarme a mí? ¿Qué relación tenía yo con esas esmeraldas?

—Dos millones...

—¿Por qué envenenarme? ¡Responde, maldita sea!

—Usted... debía...

Calló. Se estremeció violentamente y su cabeza cayó a un lado, inerte.

Estaba muerto.

Oí a Ortiz cómo emitía un suspiro de resignación.

—Está bien, Kidd —masculló—, lo hemos intentado. Entremos a la casa. Debo telefonear...

Lo hizo mientras yo daba un vistazo al cadáver de Zabala. Como había dicho el capitán, debían haberle tratado más duramente que a mí, a juzgar por las tremendas huellas que quedaban en su cara.

Un balazo disparado en la nuca había acabado con él. No habían

querido dejar un testigo vivo detrás.

Me reuní con el capitán Ortiz y el comisario y encendimos cigarrillos, mientras esperábamos a la ambulancia. Pero todo lo que yo ansiaba en aquellos instantes era largarme y dormir...

El capitán gruñó:

—Dos millones en esmeraldas. Eso es lo que trajo a nuestro país al agente de Colombia. Hay que reconocer que es un botín digno de correr toda clase de riesgos...

—Pero es absurdo —exclamé—. Dos millones de dólares en esmeraldas, aun suponiendo que ya estuvieran pulidas, formarían un bulto tan voluminoso que nadie podría pasarlo por la Aduana.

—Deben tener una vía segura para entrar las gemas en Estados Unidos. Vienen haciéndolo en pequeña escala desde hace tiempo, seguramente para tantear el terreno mientras preparaban el golpe definitivo. Aunque he de reconocer que todavía no hemos podido descubrir el medio de que se valen.

—Pero un lote de dos millones... —insistí.

—Olvidémonos de eso por el momento. El crimen es lo importante, bajo mi punto de vista, Kidd. Demos por sentado que fuera Lilian Perry quien vino aquí a recoger ese botín. Aceptemos que consiguió tenerlo en su poder y que fue asesinada para arrebátárselo... —se calló, restregándose furiosamente la cara con ambas manos. Luego gruñó—: No es posible. No tiene pies ni cabeza. Ninguno de esos granujas la mató, y su marido estaba en Los Ángeles. A propósito, comisario —decidió repentinamente—; curse una orden de detención contra Butch Perry...

—Quizá hay otro cómplice del que no sabemos una palabra —insinué, soñoliento.

—Tonterías. Tendríamos que admitir que un cualquiera, alguien que no tenía ninguna relación con la banda hasta que empezó este asunto, irrumpió de golpe en el cuadro, mató a la mujer y se llevó las piedras. Absurdo.

—¿Por qué?

—Ningún delincuente de la categoría de los que nos ocupan revelaría a un desconocido, a un recién incorporado a la organización, un secreto de tamaña importancia. Eso es obvio.

—Está bien —resoplé, levantándome de la silla—. Rómpase usted los cascos con todo eso. A fin de cuentas es su obligación, por la cual le pagan. Yo me largo ahora mismo si hay un coche para llevarme al centro.

Sin hacerme el menor caso, él refunfuñó:

—Es para volverse loco, mi amigo... Se comete un crimen y no parece que exista ningún criminal. Veamos, Kidd; respóndame a una pregunta con entera sinceridad. No importa si usted cree

comprometerse con la respuesta porque le doy mi palabra de honor que no la tendré en cuenta, excepto para comprobar una corazonada que acaba de asaltarme. ¿Conforme?

—Venga la pregunta.

—¿Volvió usted a ver a Lilian Perry, antes o después de su conversación con ella en la barra del bar?

—La vi muerta, en su habitación.

—No me refiero a esa vez.

—Solo nos vimos en el bar.

Me miró fijo durante unos instantes.

—Le creo —murmuró—. ¿A dónde va a ir ahora?

—Bueno, no tengo un centavo, usted sabe. No puedo volver a la pensión, así que mi viejo cuchitril me servirá de palacio. Estoy tan agotado que ni siquiera notaré el mal olor. ¿Me autoriza a regresar en uno de los coches hasta el centro, sí o no?

—De acuerdo, unos minutos y nos marchamos de aquí... Pero no puedo dejar de pensar en mi corazonada, Kidd...

—No me complique más la vida, capitán. ¿Qué corazonada es esa?

—No hay ningún asesino. ¿Qué le parece?

—Empieza usted a perder la chaveta, eso es lo que me parece.

Encendí otro cigarrillo y me acerqué a la ventana. Sin moverse de su lugar, Ortiz indagó suavemente:

—¿Y Ruth?

—¿Qué?

—Usted sabe a lo que me refiero.

Lo pensé un largo instante.

—Creo que he sido un tanto cerdo en este asunto, capitán. Es mejor para ella que yo no vuelva a aparecer en su vida. En parte... bueno, me considera responsable de lo ocurrido.

—En una pequeña parte. Pero después fue usted el que la salvó, si vamos a eso.

—Posiblemente, ella lo vea de distinta forma cuando lo sepa.

Finalmente, llegaron los enfermeros, otros policías y reporteros, y pudimos emprender el regreso. Cuando me separé del capitán Ortiz, frente a Jefatura, me sentí más solo que nunca al pensar en Ruth... y en lo que bien pudo haber sido.

Cuando ya había creído que toda la hiel del mundo se había agotado para mí años atrás, descubría que aún podía surgir más, y mucho más amarga...

CAPÍTULO XIII

No recuerdo ni cómo conseguí llegar a mi refugio del patio. Anduve a trompicones, tan bamboleante como no había andado jamás ni en mis peores borracheras.

Al pensar en las borracheras recordé a Pedro, el obeso tabernero. Indudablemente, yo había llegado tan abajo que jamás volvería a levantar cabeza, sucediera lo que sucediese, así que Pedro y su suelo tugurio estaban destinados a ser mi punto de recalada, el puerto más o menos seguro en el que echar anclas en los momentos de apuro.

La puerta de mi desvencijado cuarto estaba abierta como de costumbre. Me colé dentro dando bandazos, cerré de un puntapié y en un último asomo de energía logré arrastrarme hasta el camastro.

Todos sus muelles crujieron ruidosamente. Cuando el desafinado concierto cesó, alguien se movió entre las cuatro paredes y una voz queda susurró:

—No te alteres, Johnny... Soy yo, Lil...

Pegué un brinco que me dejó sentado en el colchón. Los muelles repitieron su chirriante melopea y yo noté que mis manos temblaban.

Creí que se trataba de un primer ataque de *delirium tremens* provocado por el exceso de alcohol. Por muy borracho que hubiera estado, jamás había oído la voz de alguien que estaba muerto. Y menos con semejante fidelidad.

La voz repitió:

—Johnny, ¿qué te pasa? Soy Lil... Espera, voy a encender la luz...

La solitaria y débil bombilla cumplió su obligación barriendo parte de las sombras que me envolvían. Y entonces la vi.

Estaba de pie al lado del interruptor, mirándome con sus ojos profundos y ardientes, hipnóticos casi.

—¡Lil! —jadeé.

—¿Estás tan borracho que crees realmente que he resucitado? Johnny... querido...

—Yo vi un cadáver... tu cadáver...

—No era el mío. Aquella desgraciada murió en mi lugar. La confundieron conmigo, ¿no lo comprendes?

—¿Quién?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Cualquiera de los que van detrás de mi botín... Una fortuna, Johnny. Te lo dije. Solo para nosotros dos...

Me enderecé. Súbitamente, los vapores del alcohol desaparecieron y me encontré lúcido y alerta. Incluso el cansancio pareció esfumarse de todo mi cuerpo.

—Lil —dije con los dientes apretados—. Si es cierto lo que estoy comenzando a pensar, eres mucho más infame de lo que creí jamás.

—¡Johnny!

—Tú llevaste a aquella desgraciada a tus habitaciones. Preparaste la víctima para el sacrificio... ¿No fue así? ¡Dime, maldita víbora!

—No te alteres, querido. Es cierto que la invité... Supuse que atentarían contra mí, ¿comprendes, amor? Pero creí que si veían a otra en mi lugar desistirían de su empeño. No lo advirtieron y...

—Sigue, sigue...

—Olvidémonos de eso, Johnny. Poseo casi dos millones de dólares en esmeraldas. Solo tenemos que introducirlas en nuestro país y el dinero será nuestro. Podremos empezar de nuevo en cualquier otra parte... incluso en Europa...

—¡No me digas! Y has pensado en mí para eso, ¿eh?

—¿Por qué no? Es una manera de devolverte lo que te arrebaté una vez. Te dije que lamenté lo que sucedió, Johnny... y fui sincera.

—Seguro —repuse con sarcasmo—. Ahora cuéntame cómo vamos a introducir semejante fortuna en los Estados Unidos sin que nos echen el guante.

Sonrió astutamente.

—Hemos probado ese método varias veces con pequeñas cantidades. Ha dado un resultado excelente, de manera que no tiene por qué fallar ahora...

—¿Qué método?

—Un ataúd —dijo.

—¿Un...?

—Es lo más seguro, amor. Todas las esmeraldas irán metidas dentro del acolchado interior, entre el algodón, y dentro de la colchoneta. Imagina la cantidad de pedruscos que caben en ella. Los aduaneros jamás mueven el cadáver... solo examinan la documentación.

—He visto cómo lo hacen docenas de veces —murmuré con voz ahogada por el estupor—. Pero necesitas un cadáver, ¿no es cierto?

Instantáneamente mis nervios dieron un tirón. ¡Veneno!

VENENO.

Eso significaría un cadáver en buen estado. Con un médico sin escrúpulos...

—No habrá dificultad. Cuando muere un americano, hay una funeraria que se encarga del trámite del traslado de los restos. Es así de fácil, porque esa funeraria es de los nuestros.

—Ya veo. Solo necesitas el cadáver de alguien que no tenga familia en Estados Unidos. Tú lo reclamas haciéndote pasar por pariente y asunto concluido.

Asintió con un gesto.

—¿Qué te parece? —quiso saber, orgullosa de su maldad.

—Muy ingenioso.

—Así, Johnny, ¿aceptas?

—Seguro, tratándose de semejante botín.

Palmoteó con toda la falsedad del infierno reflejada en su cara.

—¡Quiero celebrarlo, Johnny! Tú y yo juntos otra vez... Te amaré como jamás te habrá amado nadie... ¿No tienes una botella aquí?

—No, claro que no...

—Lo supuse cuando el botones me habló de tu precaria situación. He traído *whisky*, y un par de botellas de soda.

—Una excelente idea. Pero todavía no me has dicho dónde guardas ese montón de pedruscos, linda.

Escanció *whisky* en dos vasos, me entregó uno y me miró, sonriendo.

—Por nosotros, amor.

—Por los dos millones —dije—. ¿Dónde están?

Acerqué el vaso a mis labios lentamente. Ella murmuró, segura de que yo iba a beber hasta la última gota:

—Tú los has guardado, querido.

Estuvo en un tris que no bebiera instintivamente, estupefacto.

—¿Yo?

—Seguro. La noche que vino el botones, cuando supe que no querías acudir a mí cita, tomé el maletín y vine aquí. Estabas durmiendo como un tronco... y lo escondí bajo tu camastro. Había tanta suciedad ahí debajo que estuve segura que no se limpiaba jamás...

—¿Y siguen aquí?

—Naturalmente... Pero todavía no has bebido, amor. Termina y recordarás los viejos tiempos en mis brazos...

—En todo caso, perra, los recordaré dentro de un ataúd —dije con voz suave, levantándome.

—¡Johnny!

Le arrojé el *whisky* a la cara. Apretó los labios y giró como una peonza, escupiendo después y dejando caer el suyo, que todavía no había probado.

—¡Eres un monstruo, Lil! —le espeté salvajemente—. ¡Tú mataste a aquella pobre muchacha! El capitán tenía razón, no existe ningún asesino en este caso. Es una asesina.

—Estás loco...

—Por completo, querida. Buscaste a Ragoni para que financiara la gran operación... y Butch Perry también tomó parte... Pero tú lo querías todo para ti. Les diste el pego a los dos, y para redondear tu maldita obra solo te faltaba acabar conmigo, y utilizar mi cadáver para introducir tu sucia fortuna... manchada de sangre. Imagino que la pobre chica no tendría familia...

—¿Y qué si fue así? Butch pensaba dejarme fuera en el reparto, y

era idea mía...

—Ya veo.

Una nueva voz dijo:

—Ya es suficiente, Kidd. Y usted, señora, no mueva ni un dedo o tendré sumo placer en matarla igual que una serpiente...

Ortiz acabó de empujar la puerta y entró. Detrás de él lo hicieron el comisario y otro policía, este de uniforme.

Ortiz colocó unas esposas en las muñecas de Lil sin ninguna clase de miramiento y sentenció:

—Es una lástima que no tengamos pena de muerte en nuestro país, señora. Pero nuestras cárceles, consideradas con cierta benevolencia, son un anticipo del infierno... Será un placer acompañarla a una de ellas.

—¿Cómo ha llegado tan a tiempo, capitán? —quise saber.

—Mi corazonada, mi amigo. Pensé que no quedaba ningún asesino... forzosamente había uno en alguna parte... o una. Por eso vine detrás de usted.

—¡Condenación! Y ha consentido que haya estado a punto de tragar ese maldito veneno...

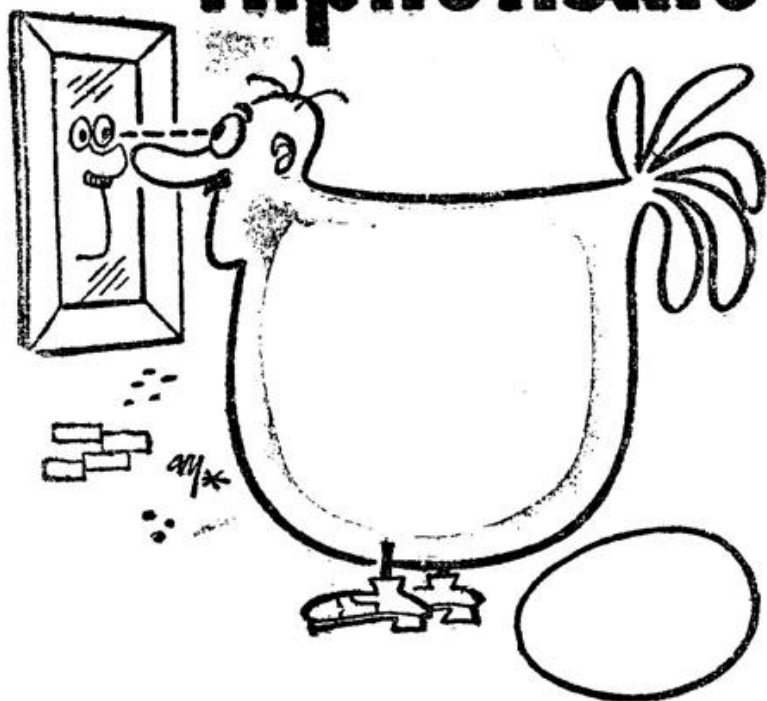
Se rio y empujó a Lil hacia la salida. Desde la puerta dijo todavía:

—Ruth no quiso ningún sedante... le está esperando a usted. Es lo único que necesita ahora, Kidd, así que... vaya. Soy un experto en esta materia. Mi consejo vale como el oro. Vaya al hotel. Ella le necesita.

Se fue definitivamente. Tal vez fuera cierto que era un experto. Por si lo era seguí su consejo. Y resultó que sí había acertado.

FIN

Hipnotismo



¿Sabe usted ya si tiene dotes de hipnotizador?
¿Sabe, por el contrario, si su temperamento
hace de usted una persona fácilmente hipno-
tizable?

Pruébelo.

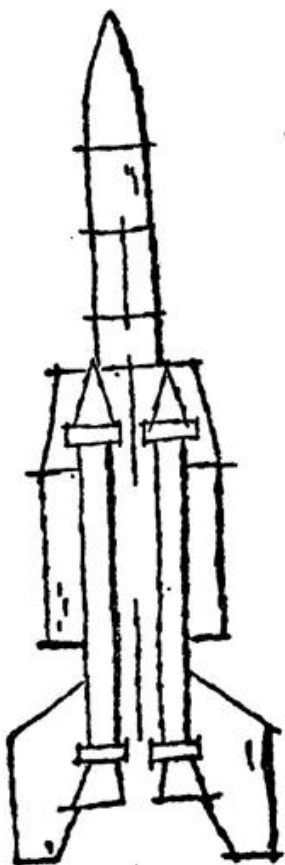
MARABU ZAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



Los cohetes

WIM DANNAD



Los actuales cohetes son un anticipo del mundo futuro: niños mimados de la técnica, armas poderosas, vehículos ultrarrápidos, naves del espacio, con ellos toman cuerpo los más audaces sueños del hombre.

La clara y sintética exposición del presente volumen constituye el primer testimonio de la Era que acaba de empezar.

Aquí están todos los modelos de cohetes que hoy se conocen, desde el proyectil antitanque al coloso que pone en órbita un satélite artificial.

Un catálogo que mañana servirá a la historia.

**MARABU
ZAS**

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.





EL FILM

LA PELÍCULA
ES UNA CINTA
DE SUEÑOS

Pero estos sueños se fabrican en unos complicados laboratorios cuyos secretos muy poca gente conoce.

Leyendo este libro comprenderás lo que cuesta y lo que significa hacer una película, penetrando, al mismo tiempo, en los secretos de esta gran industria que produce obras de arte.

MARABU ZAS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...

1974

un **VETERANO** SABOR!...



OSBORNE Fundada en 1772